

12. nov. 08
18. mayo 06
JRS

Interioridades

OBRA EN DOS ACTOS

De: Juan García Guara

Personajes:

- Mariana Céspedes de Mainardi
- Doña Lucila
- Norco Jiménez Santos
- Radel Mainardi Lora
- Antonio

1084394

SEMINARIO MUL. "DISCIPLINARI"
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

MDRSPS
C.1

Interioridades

SINOPSIS

ACTO PRIMERO:

- | | |
|----------------|--|
| Primer cuadro | : Un amanecer en primavera. |
| Segundo cuadro | : La noche del mismo día. |
| Tercer cuadro | : La noche, meses más tarde. |
| Cuarto cuadro | : La mañana siguiente. |
| Quinto cuadro | : La misma jornada, tarde en la noche. |

ACTO SEGUNDO:

- | | |
|----------------|--------------------------------------|
| Sexto cuadro | : Meses más tarde, en la mañana. |
| Séptimo cuadro | : Esa noche. |
| Octavo cuadro | : Mañana de domingo, días más tarde. |
| Noveno cuadro | : Atardecer, un mes después. |
| Décimo cuadro | : Una semana más tarde, en la noche. |

La acción puede situarse entre los siglos XIX y XX. El lugar no es necesariamente Santo Domingo; pero éste puede ser un buen lugar de referencia.

La casa de los Mainardi. Muy alejada de la Ciudad. Una estructura de madera elegantemente construida. Por largos años han ido agregando objetos al mobiliario; la mayoría de ellos valiosos y de muy buen gusto.

El único sitio que veremos es la sala. Una amplia habitación con puertas y ventanas que miran hacia una terraza y hacia los árboles y hacia el campo abierto. Por otras puertas tiene acceso a la habitación de los esposos y al resto de la mansión.

Hay alfombras, mullidos sillones, mecedoras, lámparas de aceite y candelabros. También un gabinete-escritorio.

PRIMER ACTO

PRIMER CUADRO: *Un amanecer en Primavera.*

En escena, Mariana, en salida de cama, y Lucila que la ayuda a cepillar su pelo.

MARIANA: Estoy cansada... No he podido dormir... Supongo que a pesar de mi larga experiencia no logro acostumbrarme a la falta de compañía. Cada noche la vigilia se me hace más lenta y más larga... más desesperante... Por un momento quise llamarte; pero desistí. Pensé que sería como enfrentar mi angustia a tu inmensa montaña de silencio... y me volví a la cama, a librar mis tremendas batallas con el pensamiento. En algún momento me dormí, profundamente, creo. Y después, no se bien si en sueños o en la oscura realidad resonaron disparos. Me revolví entre las sábanas tratando de librarme, sin lograrlo, del sopor en que el cansancio me sumía. Y en esa misma frontera entre el sueño y la vigilia se abrió violentamente la ventana del dormitorio. Norco estaba allí surgiendo de la noche, más real que mi propia vida, con la guerrera abierta y el pecho cabalgándole al ritmo de una pasión animal. Su olor a sol y a sudor inundaba la atmósfera y me asfixiaba y me agitaba en convulsiones, quién sabe si de miedo o de placer... Le pregunté por Radel; pero no me respondió... Con retumbar de botas atravesó las sombras y se llegó hasta mí. Y rápidamente, sin que fueran necesarias las palabras ni la lucha ni la entrega ni la larga ceremonia de quitarse la ropa, formó un solo y agitado cuerpo con el mío... Y no era Norco quien su cabeza me acercaba y alejaba. No, era Radel... Y en un éxtasis poblado de relámpagos lloraba mi viudez al que creía mi esposo o le reprochaba mi abandono al que sentía mi amante o en un dolor interminable reía de placer ante un rostro sin facciones... Qué confusión! ... Haciendo un gran esfuerzo y dando un salto me levanté con un grito enredado en la garganta. Y ya, temerosa, no me volví a acostar... Cuando se serenó mi corazón me pregunté: serás la esposa de un triunfador o serás una mujer sin marido? ... Y en medio de los grillos y de los miles de ruidos sugeridores de la noche llegué a una triste conclusión que a la luz de la mañana aún mantengo: ninguna de las dos posibilidades me entusiasma o me entristece. No me importaría

que llegaran de la Ciudad y me dijeran: "Atraparon a Radel y le volaron los sesos". Simplemente aprendería el arte de ser viuda de verdad; no sería una gran diferencia... Y tampoco me importaría mucho enterarme de que al final ha ganado su lucha, que es el Presidente o el Salvador de la Patria o lo que quiera ser. Esas grandes cosas son complicadas. Mejor es llenar los minutos con asuntos sin trascendencia, y entonces no hay grandes fracasos, sólo pequeñas decepciones. "Que la carne quedó muy cocida; perdona querido, mañana resultará mejor, te lo prometo. El vestido me queda un poco estrecho, parece que he vuelto a engordar, debería hacer más ejercicio. Oh, amor, se te está cayendo el pelo"... Dios! Sabes Lucila? Nunca he tenido la ocasión de decir esas tonterías y las tengo guardadas, quemándome... Mientras él se divierte asaltando fortalezas y tomando pueblos, yo me seco como una flor de altar sin que nadie me huela... Oíste? ... No... Me pareció escuchar un galope de caballo... Qué tú crees? Cómo reaccionaría Radel si en realidad Norco me poseyera? ... Se volvería loco? ... Lo mataría? ... Quién sabe! A lo mejor no le importara. Dentro de su mundo, un sable o un fusil son más importantes que yo; una idea vacía es más importante que yo.

Música. Ahora, en efecto, se escucha un galope.

Sí. Se acerca un caballo. Lo oyes? ... Es posible que... Ve a ver quién viene... Dios mío, ni siquiera me he peinado. Tiene que ser él. Nadie nunca se acerca por aquí. Lo presentía: tanto pensar en él tenía que ser...

Mariana ha corrido hacia la ventana y ahora se dirige hacia la habitación.

Ayúdame tú. No. Espera. Tengo que ponerme algún vestido. No puedo recibirlo así. Ve, ve tú. Qué habrá sucedido?

Mariana sale. Lucila, que había iniciado un movimiento hacia la puerta que da a la terraza, tan pronto constata que está sola, se sienta fastidiada. Entra Norco vestido de militar. Se sacude el polvo del camino.

LUCILA.— Usted, señor? ... Bienvenido... Permítame su sombrero... Quiere algo de beber? ... Siéntese. De seguro viene cansado. Si me permite su guerrera puedo limpiársela. No ha llovido nada desde enero; el camino es todo polvo.

NORCO: Dígale a la señora que he llegado yo.

LUCILA: Como desce el señor. Al momento.

Va hacia las habitaciones; pero antes de llegar, aparece Mariana.

MARIANA: Norco... Qué haces aquí?

NORCO: Siempre la vieja hostilidad. Son éstas, maneras de recibir una visita? ... No podemos permitir que se resquebraje la educación. Recuerda querida: es el único signo exterior que nos diferencia de las bestias... No me invitas a sentarme?

MARIANA: Siéntate.

NORCO: Mejor. Mucho mejor. Diablos! Esto es lo que yo llamo vivir lejos. Llevo no sé cuánto tiempo dando tumbos sobre el lomo de mi caballo. Deberías mudarte a la Ciudad: mucho más práctico y mucho más seguro: Dos mujeres y un medio idiota caballerizo que no distingue ni los disparos es algo peligroso: Aquí cualquier grupo de fascinerosos podría venir una mala noche, y a Dios que reparta suerte.

MARIANA: Me siento segura, y vivo bien aquí... A qué has venido?

NORCO: Digamos que tenía deseos de verte. Cuando hay amor de por medio, la distancia y el tiempo no son decisivos, y ni siquiera las ingratitudes significan mucho. Ya ves: llevas más de diez años rechazándome, y mi amor por tí sigue tan florido como el primer día.

MARIANA: No sé a qué vienen todas estas tonterías. Tú no me amas, al igual que yo no te amo a ti... Lucila. Puedes irte.

Lucila sale.

NORCO: Mejor así, sin testigos.

MARIANA: Qué quieres?

NORCO: Me creerías si te dijera que pasaba por aquí y que decidí entrar? ... No. Supongo que no.

MARIANA: Esperabas encontrar a Radel en la casa?

NORCO: No. Sé que él no está en la finca. Entre otras cosas porque nunca has sido tan valiente como para permanecer tranquila en una situación similar. Estarías temblando como cuando vine a pedirte disculpas por el allanamiento.

MARIANA: Por favor vete.

NORCO: Lo estás esperando?

MARIANA: Sabes que no viene por aquí.

NORCO: No cumple sus deberes maritales con frecuencia; pero los satisface de cuando en vez. No soy tonto. Se que se acerca a estos lugares. La gente con miedo siempre informa. O vas a insistir en que hace tres meses no estuvo por aquí? ... No lo sospechábamos. Lo supimos. Sólo que no llegamos a tiempo. Lamento que te molestaran inútilmente.

MARIANA: Vete.

NORCO: Ahora no lo pides por favor? ... Empeoramos.

MARIANA: Si vas a ponerlo todo patas arriba hazlo de una vez. Yo no puedo oponerme.

NORCO: He llegado solo, Mariana. No escuchaste el galope de un solo caballo? ... No he venido a nada de eso, creeme. Siéntate y conversemos.

MARIANA: Sobre qué?

NORCO: Una vez fuimos amigos... Más que amigos... No te mentía hace un rato: todavía te quiero. No te hablaré de una pasión avasalladora: a mi edad las cosas suceden más calmadamente; pero aún te amo. Nunca me casé, Mariana... Lo has pensado? ... Por culpa de Radel no nos casamos. Estábamos comprometidos cuando llegó él con su carga de ideales a dañarlo todo.

MARIANA: No fue por su culpa. Tú lo provocaste... Esto es ridículo: por qué tenemos que hablar de esas cosas ahora?

NORCO: Era precisamente para esta época, recién pasada la Pascua Florida. Yo estaba muy nervioso. Tú me diste valor. Dijiste: "Mis padres te aceptarán". Y yo haciéndome de tripas corazón fui a pedir tu mano... Me cuesta trabajo recordarme como un novio tímido.

MARIANA: Ya está bien Norco. Si no te has casado es porque no te ha venido en gana.

NORCO: Tú me dijiste: "Si no has tenido tiempo para atender a tu prometida, mucho menos tendrás para ponerle asunto a tu mujer. Mejor no te cases".

MARIANA: Y seguiste mi consejo!

NORCO: No. Simplemente no tuve tiempo. Tenías razón: la acción de gobernar a un pueblo de salvajes como el nuestro te absorve la vida, y un matrimonio no debe ser una entelequia como lo tuyo y de Radel. Siento decírtelo; pero no debiste casarte con él tampoco: parece que la conspiración toma tanto tiempo como lo

MARIANA: Si no hubieras abusado de tu poder; si al terminar tu primer período te hubieras retirado; si no te hubieras convertido en tirano... ahora Radel estaría saliendo de la cama conmigo, preparándose para ejercer otro día su profesión de abogado tranquilamente.

NORCO: Lo crees?

MARIANA: Sí.

NORCO: Qué poco conoces a los hombres... Pero, no importa. De todas maneras ahora es demasiado tarde.

MARIANA: Qué quieres decir?

NORCO: Debes acostumbrarte a ser un poco más viuda de ahora en adelante.

MARIANA: Está muerto? ... Lo has asesinado?

NORCO: Yo? ... Cómo se te ocurre? ... Al menos personalmente nunca he matado a nadie. Otra de las ventajas de ser tirano. Basta con expresar un deseo y hay alguien que te lo cumple. Te ensuciarás la conciencia; pero las manos no.

MARIANA: La verdad, Norco.

NORCO: Te importa? ... Parece que sí... Deberemos concluir entonces en que la cercanía, aunque sea ocasional como la de Radel, produce más fuertes vínculos que la distancia. Por lo menos en las mujeres.

MARIANA: Has venido a darme personalmente la noticia para disfrutar con mi sufrimiento.

NORCO: No importa lo que digas, a mi me amabas y a él lo aceptaste para herirme. Y sin embargo has olvidado todo aquello...

MARIANA: No tienes corazón. Nunca pensé que...

NORCO: Es triste Mariana. Creí todo este tiempo que algo quedaría de aquello. Sí. Para recordar tenía tiempo. Cuando nos sentimos solos recurrimos a nuestros recuerdos: en ellos siempre somos mejores...

MARIANA: Todavía me hablas de nuestros recuerdos? ... Cómo fue? ... No había necesidad de que lo mataras. Lo hubieras encarcelado o deportado... Eres una bestia... Te odio... Te odio...

Mariana lo agrede tratando de golpearlo. El la sujeta por las muñecas.

NORCO: A los enemigos hay que destruirlos o acaban destruyéndote a ti. Tuve la ocasión varias veces de sacarlo de en medio, y por ti no lo hice. No me importa que me creas o no. Sí, soy una bestia, no tengo corazón, no lo niego; pero contigo he sido blando. Si lo hubiera matado hace tiempo, ahora serías mía... Mía...

MARIANA: Cállate.

NORCO: Está muerto, Mariana. Eres una viuda... viuda...

Mariana se desliza hasta el suelo, llorando.

Debía escoger entre mi vida y la suya. Qué pensabas? Iba a permitir que me derrocaria y me asesinara por mi gran amor hacia ti; mi gran amor nunca correspondido? ... No seas ridícula. Me parece que tu soledad te ha hecho soñar demasiado. Por qué le das tanta importancia a un amorío de adolescentes? Te quise y puede que te desee; pero ahí termina todo. Yo soy el Presidente de este país, tirano o no, y seguiré siéndolo, opóngase quien se oponga.

Música.

No es con sentimientos temblequeantes que se gobierna una nación.

Oscuro.

SEGUNDO CUADRO: *La noche del mismo día.*

Radel está sentado, como si acabara de bajarse del caballo: sable en la cintura, sombrero puesto, altas botas. A su lado, sobre la alfombra, el fusil. Mariana mira por una ventana hacia la oscuridad.

RADEL: Al fin se abrió la puerta, y hay mucha luz al frente. Costó trabajo, verdad? ... Ahora puedo confesártelo: últimamente se me hicieron pequeñas las esperanzas. No es que perdiera la fe en el éxito de mis ideas; pero estaba cansado... Mariana, no sé si me creerás; pero tus sábanas de seda se convirtieron en una obsesión para mí. En los más absurdos momentos, cuando nos deteníamos para tomar un poco de aire, perseguidos, sentía su suavidad acariciándome, y entonces bastaba con entornar los ojos y toda la penumbra de nuestra habitación me rodeaba, y hasta podía disfrutar del tímido perfume de tu cuerpo. Dominando, desechando los agrios olores de los hombres al sol... Qué miras hacia afuera?... Te encuentro lejana.

Mariana se vuelve y lo mira sencillamente.

MARIANA: Aquí estoy... Te he estado esperando todo este largo tiempo.

RADEL: No me reproches. Lo sé. Siento que hayas estado sola tantos días y tantas noches. Pero valió la pena, Mariana. Ahora podremos estar tranquilos. Antes, todo intento de paz hubiera sido falso. Lo comprendes? ... Sé como piensas. Me lo has dicho continuamente: bastaba con que hubiéramos cerrados los ojos y nosotros habríamos estado bien. Pero, y los demás? ... El pueblo tiene puesta sus esperanzas en los pocos hombres dignos que quedamos. No podíamos defraudarlo. Cómo disfrutar de un bienestar que no es compartido por los otros; por ellos? ... Date cuenta: ni siquiera nuestra felicidad hubiera estado garantizada en un gobierno como el de Norco. Todo lo que se le antojaba era suyo. Aún tu cuerpo que hubiera querido...

MARIANA: Te habría importado?

RADEL: Cómo?

MARIANA: Te habría herido el que me poseyera?

RADEL: Ya olvidaste lo que para mí significa el honor?

MARIANA: Amor u honor?

RADEL: Dudas de mis sentimientos hacia ti?

MARIANA: Cómo saberlo? Hace un momento hablabas de sábanas; pero no de mí.

RADEL: Era un símbolo, tonta. Si te sirve para tu pequeño orgullo te diré que, en todo momento, la única distracción de mi empresa fuiste tú. Cuántas veces no arriesgué su éxito para venir a verte; para estar contigo.

MARIANA: Lo siento, Radel, estoy dolida. No me pongas atención.

RADEL: Lo comprendo. Ha sido duro, y no sólo para mí. Somos egoístas. La mayoría de las veces pensamos que sólo nuestros problemas existen.

MARIANA: Lo sé. También en mí se ha agrandado la importancia de mis quejas... Radel... quería decirte...

RADEL: Lo mismo sucede con todos. Tendrías que haber visto cuando entramos a la Ciudad. Pasado el primer momento de euforia, cuando pensamos que todos volverían a sus casas a celebrar o a descansar, cientos de personas se llegaron a nosotros, urgidos de presentar sus reclamos. Por supuesto, para cada uno su asunto era lo más importante. Somos como niños, sabes? ... Afortunadamente ya yo descansaré. No estoy hecho para estas circunstancias. Lo mío terminó con el derrocamiento de la dictadura. Que ahora gobiernen los que tienen aspiraciones.

MARIANA: No me has respondido, Radel.

RADEL: Qué?

MARIANA: Cómo te habrías sentido en el caso de que Norco me hubiera solicitado?

RADEL: Para qué hablar de eso si a Dios gracias no sucedió?

MARIANA: Caprichos. Soy mujer, recuérdalo.

RADEL: Creo que yo mismo lo hubiera matado. Con mis propias manos... Que tontería: me encuentro más inclinado a quitarle la vida por celos que por política... Puede que no lo creas; pero en ningún momento pensé realmente en su muerte, aunque la pedí tantas veces. Simplemente quería alejarlo del poder. Con todo, le tengo aprecio. Fuimos los mejores amigos durante toda nuestra niñez y nuestra adolescencia... Y aún después...

MARIANA: Radel...

RADEL: Nuestras grandes diferencias estaban en el plano político, no en el personal, para mí el asunto había que resolverlo en ese mismo plano teórico, sin que mediaran nuestras emociones... Pero si te hubiera faltado o intentado hacerlo, entonces ha-

bría sido diferente. Dios sabe lo que hubiera sucedido... Me avergüenzo... No debemos dejar que los sentimientos personales incurrieren en el campo del trabajo. Los asuntos de la Patria deben ser impersonales.

MARIANA: Quería hablarte de Norco.

RADEL: Dejemos a Norco tranquilo. Supongo que ahora lo único que le interesa es salvar su vida, y puede que sea lo único que le quede... Ojalá logre salir del país. No quisiera tener su muerte sobre mi conciencia.

MARIANA: Si tuvieras la oportunidad de salvarlo de la muerte, tú...

RADEL: Qué importa? ... Ya es hora de sacarlo de nuestras vidas. Ha gravitado en ellas por demasiado tiempo. Técnicamente está muerto; pues que técnicamente descansa en paz... Si hubieras estado allí esta mañana. Los padres levantaban a sus hijos en hombros para que me miraran. Las mujeres tocaban mis botas como si fueran reliquias, diciendo cosas que yo no podía entender. En un momento pensé que me tumbarían del caballo; pero el mismo pueblo me protegía naturalmente... Siempre supe que tenía que suceder así. Se confirmaba de esa manera la veracidad de nuestras ideas. Se justificaba la magnitud de nuestro sacrificio. Adquiría real valor la muerte de tantos que lucharon por la libertad... Por qué me miras así? ... Hay algo extraño en tus ojos.

MARIANA: Me esforzaba por imaginarme a mí en tu desfile de triunfo; pero no pude. El regocijo de los demás se me mantenía separado por una neblinosa pared de silencio. Radel, te das cuenta? ... Todavía no has terminado de cabalgar. Continúas escuchando las exclamaciones por las calles de la Ciudad.

RADEL: Cómo?

MARIANA: Tus botas, tu sombrero, tu polvo, tu satisfacción. De nada te has desembarazado después de doce horas.

RADEL: No me había dado cuenta. Tengo que bañarme, cambiarme...

MARIANA: Mandé a Lucila a que te calentara agua. Yo misma te sacaré la ropa y la pondré sobre la cama y te ayudaré a librarte de esa mugre de meses, y después...

RADEL: Después?

MARIANA: Descansarás.

RADEL: No pienso en eso. Me siento fresco... Después, tú y yo fingiremos que estamos viviendo hace doce años, y con una pasión sin disimulos...

MARIANA: Caeremos sobre el lecho. Me besarás detrás de las orejas...

RADEL: Me acariciarás el pecho...

MARIANA: Radel...

RADEL: Mariana...

Norco se desprende de la oscuridad de un rincón. Radel y Mariana se separan rápidamente.

NORCO: Perdón... Lamento interrumpir tan bella escena. Pude escuchar tranquilamente casi todo, menos, naturalmente, tan íntimas intimidades.

Ahora Radel reacciona. Se lanza sobre el rifle. Lo toma. Lo prepara para disparar.

Qué es eso, Radel? Vengo desarmado. No hay nada que temer.

Norco levanta sus manos.

Nunca fui tan indefenso como ahora... Mariana, lo siento: yo sé que debí esperar a que tú se lo dijeras; pero pude observar que te estaba dando trabajo y que a cada momento se te haría más difícil. Así que, positivo y práctico como siempre, me decidí a sacarte del apuro.

RADEL: Qué significa esto?

NORCO: No temas, amigo. No vas a tener que involucrar tus sentimientos: sigue siendo un problema político en el cual, para mí desgracia, tú llevas la de ganar. Seré aún más claro para eliminar cualquier sospecha: tu esposa te es fiel y siempre lo ha sido... hasta donde yo pueda saberlo. Mi presencia aquí es en calidad de fugitivo... Tenías casi completa razón en lo que dijiste hace unos minutos: lo único que poseo ahora es esta respiración entrecortada y este latir de cierto miedo en mis sienes... Y quiero conservarlos... Tú lo sabes: las cosas no se han puesto muy fáciles para mí en ningún lugar, excepto aquí... No me vendrán a buscar en esta casa, porque la gente común no puede entender de la amistad y sus misterios. Supondrán que nos odiamos, y no es así... verdad? ... Ya que tú tomaste la iniciativa, me siento en el deber de corresponder a tu sincera declaración... Yo también te aprecio, Radel.

RADEL: Absurdo.

NORCO: Naturalmente, es difícil que lo creas ahora. Pero si me das la ocasión podré demostrártelo.

Radel irá deponiendo gradualmente su actitud agresiva.

Estoy en tus manos, Radel... Supongo que sabrás cuánto me duele confesarte esto. Pero no tengas penas: creo que la venganza

por esta humillación me la he cobrado con anterioridad. Ganaste; pero te costó mucho.

RADEL: Qué pretendes?

NORCO: Te lo dije ya: no morir... Te estoy pidiendo refugio

RADEL: No puedes quedarte aquí.

NORCO: Ya sé que no, ni lo intento... Cuándo vendrá tu gente?

RADEL: Mañana. Les pedí que al menos me dejaran tranquilo por esta noche.

NORCO: No tengo mucho tiempo entonces... Me entregarás a ellos?

RADEL: Qué puedo hacer?

NORCO: Dijiste que no querías el peso de mi muerte sobre tu conciencia. Si me entregas, no importa cuáles sean tus órdenes, acabarán asesinándome. Te dirán que intenté escapar o que los agredí o que me dio la lepra, no importa. Yo ya estaré tieso, tú lo sabes, y colgando de tu tranquilidad.

RADEL: Nadie comprendería el que yo te refugiara aquí. Llevamos años pidiendo a gritos tu aniquilamiento. Todo se vendría al suelo apenas comenzado.

NORCO: Pidiendo mi aniquilamiento.

RADEL: A través del odio es más fácil mover a la gente. Tú eres un experto en eso. Si me hubiera limitado a hablarles de reformas e ideales, no se hubieran sentido la mitad de entusiasmados de lo que han estado con la posibilidad de ver tu odiada cabeza goteando en un pica. Comprendes?

NORCO: Sí. Comprendo que tus palabras me van empujando hacia el final de mis días... y eso no puedo aceptarlo... Son palabras, Radel, son sólo viento... Cómo el viento te obligará a terminar con mi existencia?

RADEL: Bromeas aún?

NORCO: Siento pena por ti. En el primer día de liberación ya te ves obligado a transigir por respeto a las mentiras.

RADEL: Adónde me quieres llevar?

NORCO: Nunca has querido dañarme... Esa es la verdad?

RADEL: Sí.

NORCO: Pretendiste querer mi cabeza para agitar a la plebe?

RADEL: Sí.

NORCO: Eso es mentira, no?

RADEL: Sí.

NORCO: Y ahora, sin que importe la verdad, tienes que cum-

plir las leyes de la mentira... Triste... Me creerás, Radel? ... Así comencé yo.

RADEL: Nuestros intereses siempre fueron distintos.

NORCO: Cierto. A ti te han movido las cosas intangibles y a mí las que tienen peso y olor y sabor... No me refiero a eso, sino a que en ningún momento pensé que tendría que entregarme a las exigencias de las mentiras, fueran mías o de los demás. Justo como tú piensas, o al menos, como pensabas hasta ahora... Estás en peligro, amigo. Puede que lo que esté en juego ahora sea algo sin importancia; para tí, se entiende; y puede que hasta te dé cierto renombre mi asesinato. Pero si comienzas tan temprano transigiendo, así seguirás, y antes de que puedas ni siquiera darte cuenta, tu gobierno será no tuyo, sino de las pequeñas mentiras que te has visto obligado a aceptar.

RADEL: Eres inteligente, lo compruebo; pero te equivocas conmigo. Yo no fallaré. Y antes de convertirme en una falacia viviente como tú, me pegaría un tiro en la sien. Puedes tenerlo por seguro.

NORCO: Es cierto que cualquier cosa que diga será un alegato en mi favor; pero no por eso debes pensar que sea mentira. Te habla la experiencia. Yo he acabado disfrutando de ese mundo de falsedades que comenzó imponiéndoseme y que yo terminé imponiendo a los demás; pero supongo que si tú no defiendes y haces prevalecer tus criterios, idealista al fin, terminarás odiando y odiándote, y entonces será inevitable ese balazo del que hablas... No más vida, ni cambios sociales, ni más sueños. Un fracaso... Qué me dices?

RADEL: No sé.

NORCO: Ya verás, Mariana, cómo estabas equivocada. El acabará comprendiendo. Los hombres somos más fríos, calculamos mejor las cosas... Te cuento, Radel: ella aseguraba que lo primero que harías sería acribillarme. No puede imaginarse el que tú me perdones, o por lo menos que sientas algo de piedad por mí.

RADEL: No es asunto de piedad... Es...

NORCO: Lo sé. Es un asunto de política. No confiarían en ti si en alguna forma te ven aliado conmigo. Es natural... Por lo tanto, estoy perdido... Lo siento mucho... Pero... ya que hablamos de piedad, a esto no podrás decirme que no... Por favor, no me entregues a los otros. Ejecútame tú mismo. No quiero verme expuesto a la ira animal de esos salvajes... No temas: no me defenderé. Reconozco que soy culpable de muchas cosas, y... Más que morir me atemoriza la humillación y el sufrimiento. Un buen tiro

en un buen sitio, y todo será fugaz... Naturalmente, te lo dije, no quiero morir; pero si te ves obligado a condenarme... lo comprenderé.

Radel suelta su arma y se quita el sombrero. Se sienta. Hay un silencio. Entra Lucila.

LUCILA: Señor, ya he preparado su baño...

RADEL: Gracias, Lucila.

Mecánicamente se levanta y camina hacia la puerta que da a la habitación.

Vuelvo ahora... Creo que necesito aseo un poco... Mi cabeza estará más clara cuando...

Sale. Norco y Mariana se miran largamente, inexpresivamente.

MARIANA: Recién ahora entiendo cómo te mantuviste en el poder durante tanto tiempo.

Música y oscuro.

TERCER CUADRO: Una noche, meses más tarde.

Hay muy poca luz. Surgiendo de la casi completa oscuridad se escucha la voz de Radel. Está en ropa interior; pero esto sólo será posible observarlo cuando se mueva hacia la vela que ilumina la habitación.

RADEL: Son muchas las cosas que podría ofrecerles: más equitativa repartición de riquezas, justicia igualitaria para todos, defensa de la soberanía, garantía de no reelección, y más y más y más... Pero no, no me engaño. Se que no soy yo quien pueda garantizarles esos importantes triunfos por los cuales se lucha en todo el mundo. Qué puede hacer un hombre, no importan sus intenciones si se encuentra varado en los ancestrales males de una sociedad paralizada... Nada. No puede hacer nada... Pero no hay que sentirse desesperanzados. La situación en nuestro país es difícil y hasta desesperada; pero tiene solución; una salida; una promesa de triunfo... No me pidan a mí que la encuentre. Trabajemos para encontrarla todos juntos. Que en ningún momento digan ustedes: "El Presidente debe hacer", sino: "Mi deber es cumplir". La salvación del país son ustedes, pueblo mío. Y del éxito que alcanzen en sus vidas y en sus trabajos y en sus sacrificios personales por el bien de los demás, en ese éxito estará el triunfo del gobierno que presido... Ahora sí, les aseguro... les aseguro... Ahora sí, me comprometo... a garantizarles que yo... que yo... Diablos!

Desde la oscuridad se escuchan unos aplausos.

Quién está ahí?

MARIANA: Bien... Bien... Será un bello discurso, Radel.

Mariana se mueve hacia la zona iluminada. Va en bata de dormir. También él entra en la luz.

RADEL: Qué haces despierta?

MARIANA: Qué haces tu despierto? ... Deberías descansar para mañana.

RADEL: No podía dormir. Supongo que estoy nervioso. Y además, el calor... He sudado...

MARIANA: No tienes que preocuparte. Te aseguro que todo quedará bien.

RADEL: Quiero memorizar mis palabras. Si tuviera que leerlas, perderían fuerza... A cada momento le hago cambios y con los cambios me confundo.

MARIANA: Cuando te enfrentes con tu pueblo que te ama, todo saldrá bien. Crees lo que dice y eso es lo importante. Si cambias una palabra nadie se dará cuenta, y la que uses te la habrá dictado tu corazón y será cierta.

RADEL: No es tan fácil, al menos para mí que no estoy acostumbrado a estos discursos. Las arengas que decía en medio de las refriegas eran muy otra cosa. Nacían de una emotividad y buscaban otras emotividades, eso era todo. Pero ahora es diferente: el de mañana será un compromiso demasiado serio y por demasiado tiempo... Debo eliminar de mis palabras todo lo que no esté seguro que pueda cumplir... Y nuestro presente es tan negro, que casi lo único que puedo ofrecer es mi buena intención. No hay un centavo en las arcas, la agricultura está por el suelo, y lo que es peor: estamos carcomidos por la corrupción... Es una completa bancarrota moral.

MARIANA: Todos lo saben.

RADEL: No creo. Se ve la paja en el ojo ajeno; pero cuantas vigas no sólo se ignoran, sino que se ocultan y hasta se justifican. Cualquiera estaría dispuesto a que se corrigieran las anomalías del vecino; pero nadie aceptará que se inmiscuyan en sus derechos particulares... He estado tanteando y me he llenado de inseguridad.

MARIANA: Bueno, nadie espera milagros de ti. Eres un ser humano.

RADEL: Y lo que se necesita es casi un Dios. Sería preciso que hiciera milagros... Ay, Mariana, el primero que se exige más allá de sus posibilidades soy yo mismo. Pronto los otros lo pedirán a gritos. Y qué podré hacer yo?

MARIANA: Se me ocurre que gobernar y no escuchar a nadie.

Radel se sienta sobre la alfombra. Pronto se recogerá sobre sí mismo, casi en posición fetal, como si tuviera frío.

RADEL: Estoy muy preocupado.

MARIANA: Preocupado por un trabajo de oficina el hombre que nunca temió perder la vida?

RADEL: Me lanzaba en cierta forma inconsciente a conquistar lo que fuera necesario. Y lo que pasaba, ciertamente, no dependía de mí... Pero ahora no se trata de disparar o correr o gritar, lo cual sé hacer muy bien. Ahora el asunto es gobernar, decidir... y me encuentro desamparado, inútil.

MARIANA: No estás solo. Tienes a tus lugartenientes, a tu gente. No confías en ellos?

RADEL: Sí... y no. Ellos saben menos que yo; en su mayoría son casi analfabetos. Y no sólo eso: han estado tanto tiempo al margen de la ley, aunque fuera una ley injusta, que ahora no pueden acomodarse a ningún orden. Para ellos la vida sigue desarrollándose en una revuelta donde el más fuerte es el que gana... No creo que en las actuales circunstancias puedan ayudarme mucho...

MARIANA: No desespere.

RADEL: No. En ningún momento.

Mariana se acercará y lo protegerá; casi lo acunará.

Tú no llegaste a conocer a mi padre, verdad?

MARIANA: No.

RADEL: Era el más macho de todos los machos. Ni siquiera amor pretendía sentir, porque eso era cosa de mujeres. En ningún momento me dejó disfrutar de la protección cariñosa que casi desbordaba mi madre. Tan duro fue todo, que ni siquiera cuando me castigaba con su gruesa correa me permitía llorar. Una lágrima podía provocar los más terribles castigos... No recuerdo cuándo fue la última vez que lloré. Nunca más he vuelto a sentir aquella sensación de alivio y descanso que me producían las lágrimas... Pues bien, todo lo que soy lo aprendí de él, y como es natural, nunca supe lo que era el temor. O para llamarlo con más propiedad: el miedo... Muchas veces vi a compañeros doblarse como ramas jóvenes porque les faltaba valor ante la muerte, y yo los golpeaba como me habían hecho a mí, para enfrentarlos ciegamente a sus destinos... En realidad no entendía que era ese sentimiento... Y ahora... ya demasiado tarde, sé lo que significa... Tengo miedo, te lo juro. Un poco más de debilidad y saldría corriendo por los

campos hasta encontrar la muerte por cansancio o por hambre. Te soy sincero: me es más fácil morir que enfrentarme a todo lo que vendrá a partir de mañana... Por qué?

MARIANA: Es el gran momento de tu vida. Resulta natural que el corazón te salte en el pecho... Sientes un frío en el estómago?

RADEL: Sí.

MARIANA: Como una opresión en el pecho?

RADEL: Sí.

MARIANA: Y una debilidad en la cabeza y en las piernas?

RADEL: Sí.

MARIANA: Quisieras gritar?

RADEL: Sí.

MARIANA: Eso mismo he sentido yo cada vez que venías a estar conmigo. Cada vez que arriesgabas la vida para compartir tu pasión conmigo... Es amor, amado, no miedo... Amor, lo reconozco... El amor que tú sientes por los tuyos que sufren y que esperan y que confían en ti... Tú los ayudarás, Radel. No te preocupes... Tú los ayudarás...

Han ido abrazándose, y ahora se deslizan sobre la alfombra. Pronto harán el amor.

Oscuro y sube música.

CUARTO CUADRO: La mañana siguiente.

En escena, Antonio, de punta en blanco, y Lucila.

ANTONIO: Dios mío! ... Esto es inmenso. Mucho más grande de lo que nunca pude imaginarme. Definitivamente los cielos escamotean al hombre su tranquilidad. De yo haber tenido una propiedad como ésta nunca hubiera ni siquiera incursionado en la política. Qué busca su excelencia arriesgando la vida sin ninguna necesidad; abandonando lo suyo para nada? ... Da pena ver tanto descuido. Bien atendidos estos terrenos podrían producir para alimentar a todo un pueblo, y ahora lo único que crece en ellos son mangos, espinas, pajonales y yerba mala... Dónde están los peones? No hay nadie que trabaje aquí? ... No vi a nadie en todo el camino.

LUCILA: Era peligroso trabajar en la finca de un opositor.

ANTONIO: Pero ya eso terminó, afortunadamente, hace meses. Ahora seguro que hay miles de hombres ansiosos de trabajar bajo sus órdenes. Y aún no los hubiera, bastaría con que se trajera

un centenar de presos para poner esto a producir como corresponde. Está claro: el bienestar nunca perdura el tiempo necesario y hay que asegurarse el futuro cuando se puede. Qué piensa usted? ... No sé. Tal vez los que nacen ricos no sienten las urgencias como los que nos criamos entre necesidades. Para mí cada cosa que hago está pensada en función del mañana. Hoy, por ejemplo, mientras todos celebran un cambio de poder yo trabajo para consolidar mi futuro. Madrugo, me invento cualquier mentira para venir en el coche del Señor Presidente, y como si fuera la cosa más natural del mundo me preparo a verter un poco de intranquilidad en el que debería ser un día irreprochable. Por qué? ... Pues es necesario que él me vea como alguien indispensable desde el primer momento, o el que menos se espera ocupará mi lugar aunque no esté capacitado. Fui funcionario del pasado régimen durante ocho años y ya eso bastaría para que me dieran una buena patada por salva sea la parte; pero si yo le hago ver los problemas que se le presentarán en las primeras horas y a la vez le busco la solución que me dicta mi larga experiencia, entonces pensará dos veces antes de separarme de su lado. Seguro que usted lo comprende... El tiempo pasa demasiado deprisa, y si no nos aseguramos ahora estamos condenados a una desprovista y triste vejez... A lo mejor usted se siente segura en esta casa, con este empleo. Pero eso no importa. La experiencia señala que toda una vida entregada al trabajo nada significa cuando dejamos de ser útiles. A lo sumo le dejan a uno cualquier limosna. Apenas lo suficiente para mantenerte vivo en tu necesidad por más tiempo... Naturalmente no me refiero al Señor Presidente: Hablo por mí, por lo que conozco. Si no habré visto la dureza de la vida en todas sus facetas. Créame doña, ni siquiera la familia resuelve nada cuando nos convertimos en una carga. Tiene usted hijos? ...

LUCILA: No. Sólo tengo una hermana muda más vieja que yo.

ANTONIO: Lo vé? ... El único lazo perdurable es el que nos proporciona la necesidad compartida. Si usted necesita y yo necesito, acabaremos comprendiéndonos porque nos podemos ayudar mutuamente.

LUCILA: Yo nada quiero... No lo entiendo... Estoy bien aquí. Ellos me quieren... Perdone: tengo que trabajar.

Va a salir.

ANTONIO: No me malinterprete. No quiero proponerle nada incorrecto. No quiero proponerle nada, y punto. Es sólo buscando un poco de solidaridad para... Comprenda: no soy joven y lo que

he logrado ganar es poco. No quiero verme en la miseria dentro de unos pocos años. Tengo que hacerme de amigos que me defiendan. Es bueno tener amigos. Quién sabe si es usted quien necesitará de mí, y entonces yo estaré complacido en ayudarla. Pero si soy yo quien me veo en aprietos... Un poco de solidaridad, eso es todo. Está claro?

De repente se escucha el galope de muchos caballos, y gritos y disparos. Poco a poco se irá descubriendo que es un grupo de los seguidores de Radel, que de seguro no han dormido, gozando entre tragos, y ahora vienen de paso a saludar a su Jefe antes de marcharse a la Ciudad.

¿Qué es eso?

Antonio corre hacia la ventana con algo de miedo. Luego lo pierde y saldrá hacia la terraza.

Son... de los hombres del señor Mainardi... Parece que se han tomado unos cuantos tragos de más... No estará mal que me vean por aquí.

Radel entra en la sala, seguido de Mariana. El lleva uniforme entorchado y el sombrero emplumado en la mano. Ella está vestida con un elegante traje.

RADEL: Es Perucho y su grupo. Buenos muchachos!

Se ha asomado a la ventana y desde allí los saluda muy efusivamente. El griterío de afuera aumenta, antes de que se aleje, salpicado de disparos.

Cómo me gustaría irme a la Ciudad cabalgando con ellos: entonces sí me divertiría. Pero, naturalmente, ahora tengo obligaciones... Adiós... Nos vemos... Adiós...

Vuelve a entrar Antonio. Lucila, que se había movido hacia la puerta, permanece cabizbaja.

ANTONIO: Su Excelencia.

RADEL: Buenos días.

ANTONIO: Buenos días.

RADEL: Me comunicó Lucila que quería usted hablarme con urgencia.

ANTONIO: Luce usted muy apuesto. Ese tipo de ropas está hecha para cuerpos como el suyo.

RADEL: Cualquiera que se ponga estos lujos luce bien. Es vieja verdad lo de que el hábito hace al monje.

ANTONIO: Debo hablarle en privado.

RADEL: Está bien... Lucila, por favor, déjanos.

LUCILA: Al momento.

Sale.

RADEL: Conoce usted a mi esposa, verdad?

ANTONIO: Naturalmente... Saludos, señora... Su belleza hoy es aún mayor, si es eso posible.

MARIANA: Es usted un caballero.

ANTONIO: Como le decía, lo que me trae es muy delicado...

MARIANA: Debo marcharme, Radel?

(Que ha comprobado la hora en su cebolla.)

RADEL: Créo que todos debemos hacerlo o llegaremos tarde a la juramentación... Podemos hablar frente a ella. Como es de suponer, le tengo absoluta confianza. Es, además de mi esposa, mi... consejera.

MARIANA: Gracias, querido.

ANTONIO: Pues bien: quise aprovechar el coche que le han enviado para llegarme hasta aquí. Considero importante que esté usted enterado de ciertas maquinaciones que se han fraguado aprovechando su buena voluntad.

RADEL: Maquinaciones tan pronto?

ANTONIO: Nunca cesan, señor Presidente.

RADEL: Hasta ahora no; pero cesarán...

ANTONIO: Dios lo oiga.

RADEL: Vamos. Lo invito a usar mi coche de nuevo. Tendremos bastante tiempo para hablar durante el trayecto.

ANTONIO: Es usted muy amable.

RADEL: Querida...

ANTONIO: Ante usted se presenta una posibilidad sin precedentes en nuestra historia política. Se han abierto las puertas de la fama para...

Los tres han salido.

Oscuro.

QUINTO CUADRO: La misma jornada, tarde en la noche.

La luz de la luna baña tenuemente la escena. Norco está sentado en un sillón. No es posible verlo en la oscuridad. Entra Lucila, lámpara en mano.

NORCO: Lucila...

La mujer, tras un instante de silencio, grita desahogada, al borde de la histeria. Se aferra a la lámpara que ahora tiembla violentamente. Norco se levanta entre sorprendido y disgustado.

Lucila... Soy yo. ¿Qué pasa? ... Dame eso...

Se adelanta y le quita la lámpara para ponerla sobre una mesa.

Por qué has gritado así? ... Quién pensaste que yo era? ... O te has asustado porque precisamente era yo quien estaba aquí? ... No acostumbro devorar a seres humanos. Nunca lo hice y mucho menos ahora... Siéntate... Dios mío!

LUCILA: Perdón... No sé qué pasó... Me quedé dormida en la cocina esperando a los señores y de repente me pareció escuchar caballos. Creí que llegaban y corrí a encender las luces... No me imaginaba que estaba usted aquí. Siempre se retira a su habitación tan temprano...

NORCO: A mí también se me pasó el tiempo; pero no dormía. En los últimos días no me da mucho sueño... Simplemente me senté aquí y dejé que la oscuridad me envolviera. No sé cuántas horas habré permanecido inmóvil... Qué soy para ti, Lucila? ... En realidad me tienes tanto miedo?

LUCILA: No es por usted, señor. Me hubiera asustado igual con cualquier otra persona.

NORCO: Sí, supongo que sí; pero el que tiene hechas tiene sospechas... De todas maneras, la pregunta sigue en pie: Qué soy para ti?

LUCILA: No entiendo.

NORCO: Desde que cayó la noche me estuve haciendo lo que un sacerdote llamaría: examen de conciencia. Repentinamente se ha enfrentado la imagen que yo tenía de mí mismo con la que los demás tienen de mí, y por más que quiero cotejarlas, no encuentro ningún punto de contacto entre las dos... No me engaño: sé que estoy bastante distante de la santidad; pero tampoco puedo considerarme como un monstruo. Hay, por lo menos en la mayoría de los hombres, tan bajos instintos como en este cuerpo que tienes presente... y los mismos tremendos deseos de lograrlos, créeme. La diferencia está en los grados de realización que ellos no alcanzaron y yo sí... Y si esto es anormalidad, deberemos concluir en que habitamos más en un zoológico que en el mundo... Respóndeme, Lucila: qué soy para ti? ... Un hombre o una bestia?

LUCILA: Para mí, usted es un hombre.

NORCO: Gracias. Ya eso es algo... pero parece ser que necesitaría ser algo más...

Se escucha el galope de caballos que arrastran un coche.

Tenías razón: parece que ya regresan. Todo está en orden, Lucila? ... Ten cuidado: ésta no es ahora la casa de un hombre corriente; ésta es la casa del Presidente de la República... Haz más luz. Prende más lámparas. Es necesaria la claridad todavía. Ya vendrán los días en que la oscuridad se convertirá en cómplice, o

mejor aún, en refugio... Me duele todo esto. Me duele profundamente. Cuánto quisiera no tenerlo que ver en su hora de triunfo. Si pudiera escapara como un ratón por el primer agujero que encontrara. Pero tú lo dijiste: soy un hombre. Tú me ves como un hombre y yo no puedo defraudar esa opinión tan caritativa de mí... Sabes lo que hace un hombre? ... Enfrenta los problemas con valor; no los evade... Veamos qué sucede... Lo único que me consuela es que esa euforia que probablemente disfruta en estos minutos, esa alegría con que me abofeteará, le durará muy poco. Se le irá volando cuando se vea con las manos atadas, inútil frente a sí mismo, o por lo menos, frente a lo que él piensa de sí mismo...

Lucila ha encendido otras lámparas. Afuera se escuchan las voces del cochero, Radel y Mariana que se despiden. El coche y los caballos se marcharán luego.

Bien... Ya la escena está preparada. Que entre su excelencia, la primera figura de la nación.

Llegan Radel y Mariana. El, todavía con su banda presidencial y su bicornio emplumado. Ella está radiante.

NORCO: Bienvenidos...

RADEL: Buenos noches... Está oscuro aquí.

MARIANA: Qué día, Norco. Nunca me imaginé que la Ciudad podía lucir tan bella. Todas las casas estaban engalanadas con banderas y palmas. Nadie permaneció en el interior. Y el Palacio Presidencial...

RADEL: Mariana...

MARIANA: Habrías tenido que verlo. Le han tapado todas las huellas de las balas y lo han pintado por completo. Y el interior...

RADEL: Mariana, por favor...

MARIANA: Las puertas y las aplicaciones y todo, brillaba. No me había dado cuenta de que había tanta caoba. Si hubieras visto los pisos. Te podías mirar en ellos como si fueran espejos. Y hasta alfombras había. Supongo que las habrán tomado prestadas de algunas casas de familia.

RADEL: Convinimos en no hablar de esto. Ya está bien.

NORCO: Déjala que me cuente. Mi juramentación sucedió hace ya tanto tiempo que he olvidado cómo fue.

MARIANA: No sé de dónde sacaron unos candelabros de oro que pusieron en el salón principal. Deben ser de la Catedral. Te juro que ni siquiera de día hay tanta luminosidad...

De repente guarda silencio. Hay cambios de mirada y un peso cargante en la atmósfera.

NORCO: Y qué más? ...

Nuevo silencio.

RADEL: Lucila, es tarde ya. Puedes acostarte si lo deseas.

LUCILA: Quería felicitarlo, Señor Presidente.

RADEL: Gracias.

Lucía saldrá, luego de recoger una que otra cosa.

NORCO: Creerías en mi sinceridad si yo también te felicitara, Radel?

MARIANA: Para qué más hipocrecía? No puedes estar contento de que mi esposo tenga el poder en las manos.

RADEL: Sí. Creería en tu sinceridad si lo dijeras.

NORCO: Entre todos, tú eres el mejor. Si alguien se merece el poder, eres tú. Me agrada que... Ojalá que puedas hacer algo mientras estés en la silla.

RADEL: Gracias.

MARIANA: Piensas que eso es verdad?

RADEL: Ya dije que le creería.

MARIANA: Si lo hubieras oído el día en que vino a pedir refugio... Habló de ti como de lo peor en el mundo. No olvidó ningún adjetivo que te denigrara.

RADEL: Verdad?

NORCO: Sí.

RADEL: Su dolor era nuevo. Ya no pensará tan mal.

NORCO: Así es.

MARIANA: Si aquel día fue herido, hoy hemos reabierto sus heridas y echado vinagre en ellas. No confíes en él.

NORCO: Mariana, no te canses. Al menos, no te canses hoy. Hay mucha alegría en ese pecho de triunfador para que pueda entrar en él ningún tipo de amargura. Por qué no te sirves alguna bebida y brindamos por el acontecimiento? ... Quisiera compartir un poco.

RADEL: Eso es. Acabemos bien lo que ha resultado bien.

MARIANA: Muy simpáticos... Los dos en mi contra.

RADEL: En tu contra?

MARIANA: Yo soy la malvada y ustedes las víctimas.

RADEL: Si no quieres, yo sirvo los tragos. Siéntate amor, debes estar cansada... No te preocupes: no soy un niño. Sé lo que puedo esperar de cada quien; pero eso no me va a quitar el sueño.

Radel preparará los tragos.

Veo que las cosas no serán fáciles; pero las enfrentaremos... Es curioso: siempre he sabido de la existencia de los problemas específicos que encontraría en el seno del gobierno; pero como

que perdieron importancia sin que me diera cuenta... Coñac para ti, Norco?

NORCO: Sí.

RADEL: Y para Mariana, aniz.

MARIANA: No quiero nada.

Radel también le servirá a ella.

RADEL: Por fortuna tenemos gente de confianza. Cuento con un buen equipo. Gente que ha compartido la lucha conmigo durante días difíciles, que se ha forjado en la misma fragua que me forjó, que daría la vida para proteger la mía.

MARIANA: Te dije que no quería.

NORCO: Gracias.

RADEL: Algo dulce te calmará.

NORCO: Comprendo lo que le sucede a Mariana: es mi culpa... Te pido que me perdones.

RADEL: Has hecho algo nuevo?

NORCO: No lo sabes todo... Es cierto que me comporté muy mal el día en que perdí el poder. Pero comprende: llegué con la bilis hirviéndome en todo el cuerpo, y me encontré con una defensa tan apasionada de tu persona que, sin darme cuenta, se me subió la amargura a la boca y exploté. La hice sufrir. Sólo fueron unos minutos; pero, lo reconozco, resultó cruel. Le permití creer que tú habías muerto y que yo había venido a disfrutar con su sufrimiento. Hay circunstancias que nos hacen perder lo poco de humano que nos queda.

Radel ríe.

Lo que no me explico es por qué hoy precisamente siente necesidad de vengarse.

MARIANA: Me voy a acostar.

RADEL: Perdón, no debí reírme... Quédate con nosotros.

MARIANA: Ha sido un día muy largo.

NORCO: Podrás perdonarme, Mariana? ... No fue algo que yo planeara. Sólo pretendía pedir refugio, y quise pedirte a ti, antes de que él llegara. Tal vez trataba de sacarle provecho a aquel compromiso tan antiguo. Una tontería, supongo... No se lo habías contado a tu esposo?

RADEL: Ni una palabra.

NORCO: Gracias... Me perdonas? ... Fue lo mismo que te sucedió a ti cuando llegaste hace unos minutos... Supongo... Habían combinado no hablar del asunto para no herirme, y estoy seguro de que tú no querías molestarme con esos detalles de la

juramentación; pero te brotó... naturalmente... No te lo reprocho. No te guardo rencor.

MARIANA: Yo tampoco a ti. Ya te había perdonado el mal rato cuando accedí a pedirle a Radel que te concediera refugio en esta casa... No sé lo que me pasa.

RADEL: Hechas las paces?

MARIANA: Supongo... Pero de todas maneras, tengo sueño. Te esperaré en la cama.

Mariana se va, después de besar a Radel.

NORCO: Una gran mujer, amigo. Te podré perdonar que me hayas robado el poder; pero nunca que me la hayas robado a ella.

RADEL: En ambos casos triunfó el mejor.

NORCO: Realmente lo crees?

RADEL: Realmente... no. Se nos conceden ocasiones, y debemos tratar de ser dignos de esa confianza que Dios nos demuestra... La tuviste a ella al alcance de la mano; pero en esos momentos la política significó más para ti. La perdiste. El poder lo tuviste por mucho tiempo, pero me parece que también desperdiciaste esa ocasión, y ahora es mi turno. Veamos cómo me va.

NORCO: Ten cuidado: no es lo mismo planear un gobierno desde la clandestinidad, que poner a funcionar esa maquinaria del poder. Muchas veces las ideas no cuadran con la realidad... Y recuerda: todos esos muchachos son honestos y sinceros y todo lo que tú quieras que sean; pero ninguno tiene experiencia. Desconocen el hecho de gobernar... Tú mismo eres nuevo en esas cosas.

RADEL: Lo sé, no soy tonto. No pretenderé inventar nada. Me sabré rodear de la gente clave. Inclusive de alguna gente de la que colaboró contigo. No todos están necesariamente podridos.

NORCO: Por ejemplo?

RADEL: Todavía es muy pronto... Ya iré haciendo la limpieza necesaria... No me apresuraré... Hoy mismo pude darme cuenta de un grupo de conspiradores del que habré de librarme... Sin embargo, hay otros más confiables... Antonio, el Secretario, los conoce bien a todos. El me será de gran ayuda cuando tenga que tomar decisiones.

NORCO: Atrapado.

RADEL: Qué quieres decir?

NORCO: Nada especial... Finalmente, no hemos brindado... Por tu futuro.

RADEL: Por nuestro futuro.

Oscuro.

SEGUNDO ACTO

SEXTO CUADRO: Meses más tarde, en la mañana.

Radel, ya vestido para el trabajo, revisa unos documentos. Llega Lucila, con una humeante taza de café.

LUCILA: Su café, señor.

RADEL: Gracias, Lucila. Buenos días.

LUCILA: Buenos días. Se desayunará usted hoy?

RADEL: No gracias, no tengo hambre.

LUCILA: Debería usted cuidarse. Anoche no tocó la cena que le había preparado. Y no es la primera vez que sucede. De esa manera acabará usted enfermándose.

RADEL: Pierda cuidado. Me alimento bien en la Ciudad. Muchos quieren halagarme y me llevan bocadillos. Como no puedo rehusarlos, los pruebo, y entre poco y poco se me arruina el apetito.

LUCILA: Me perdonará el Señor si me he atrevido a inmiscuirme en sus asuntos. Me mueve la mejor intención.

RADEL: Y te lo agradezco.

LUCILA: Puedo retirarme ahora?

RADEL: Cuando gustes.

Lucila inicia la salida.

Espera... Ven acá... Por favor, siéntate.

LUCILA: Señor?

RADEL: Por favor... Quiero hablar contigo.

Lucila se sienta, estirada.

LUCILA: Servidora.

Por un momento, Radel no sabe como abordarla.

RADEL: En realidad no sé para qué te he pedido que te sientes. Simplemente tengo la necesidad de hablar contigo, de comunicarme con alguien... del pueblo, creo. Curioso, verdad? ... Nos conocemos hace... Bueno, no sé. Hace un montón de años. Y sin embargo nos tratamos como extraños. Mírate. Estás frente a mí como si nunca me hubieras visto o como si me temieras... Hice yo alguna vez algo que te ofendiera? ... Te he dado la impresión en algún momento de que quiero ser considerado "el señor"? ...

LUCILA: No. No señor.

RADEL: Te observo en tu tratamiento con los demás, y es tan diferente al que me das a mí... Comprendo, en algunas cosas se exige un distanciamiento entre el servicio y el dueño; pero no creo que sea ese el caso. Te ha dicho algo Mariana?

LUCILA: No, señor. Ambos siempre me han tratado como de la familia.

RADEL: Y entonces?

LUCILA: Perdón, señor?

RADEL: Qué sucede? Por qué no logramos comunicarnos? ... Siempre está la palabra "señor" como una trinchera entre nosotros.

LUCILA: Si le molesta, puedo omitirla.

RADEL: Claro que me molesta... Hace tiempo que estaba por hablarte y, qué se yo, no me atrevía o no encontraba el tiempo propicio para hacerlo. Pero hoy, simplemente, no me he podido contener.

Radel se levanta. Está nervioso. Le da la espalda. Trata de encontrar palabras adecuadas.

Necesito que confíes en mí.

Lucila lo mira extrañada y, silenciosamente, se pone en pie.

Cada día me encuentro más alejado de la gente, y es como si... una planta fuera separada del Sol... Lo has observado?

Se vuelve hacia ella.

Siéntate... Si lo prefieres, quiero decir...

Ella lo hace, y él vuelve a darle la espalda.

Alguien pone un objeto entre un arbusto y la luz, y al principio éste se retuerce en su búsqueda, y luego va poniéndose pálido, y finalmente... muere... Lucila, en estos momentos me estoy retorciendo. Que no te parezca exagerado. Yo escogí un camino muy definido; la redención del... pueblo. Curioso, me pareció altisonante cuando lo dije. Tal vez suene mejor si digo: he escogido el camino de servir a los demás... Eso es lo que quiero. Y de repente me doy cuenta de que estoy separado de la fuente de mi vitalidad. Como si lo que significaran ustedes para mí hubiera perdido definición... Me doy a entender?

LUCILA: No sé, señor.

RADEL: No es todo culpa mía, Lucila. Estoy consciente de que se ha creado un cerco a mi alrededor. Mis ayudantes, o los que proclaman que me ayudan, constituyen un espesor que casi me aísla dentro de mí mismo... No es que me impidan entrevistarme con los necesitados. Me veo con ellos. Pero cada día la separación se hace más densa... No sé. Viene una señora a quejarse de que quieren echarla de su propiedad. Me entero de que es pobre y que es la única fuente de manutención que tiene. Pero ya me han informado que la tierra pertenece legalmente a otra persona, y que sería anticonstitucional proceder en favor de ella y que el Señor

Presidente no puede desobedecer la Carta Magna y que... Todos presentan informes y hablan, y lo único que puedo decirle es que la ayudaré en alguna forma, aunque no sepa cómo podré hacerlo. Y antes de que el día termine, esta pobre señora está semi olvidada entre una larga procesión de peticionarios, y lo que queda de ella es un nombre en una lista que será entregada al Ministro de no sé qué cosa, con recomendaciones que probablemente no serán cumplidas... Y entonces qué? ... Para qué está uno en la Presidencia de la República.

Radel va frente a ella y se arrodilla.

Qué quieres tú?

LUCILA: Yo, señor?

RADEL: Sí. Cuáles son tus problemas? ... Puedo yo resolverlos? ... No más "señor", recuerda.

LUCILA: Yo no tengo problemas. Grandes problemas... Quizás me preocupa...

RADEL: Continúa.

LUCILA: Quizás me preocupa el momento en que ya no pueda trabajar.

RADEL: Sí?

LUCILA: Qué va a ser de mí, entonces?

RADEL: Eso no tienes ni que pensarlo. Te quedarás con nosotros, como se quedan los abuelos.

LUCILA: Es usted muy bueno.

RADEL: Realmente lo crees?

LUCILA: Sí. Yo no tengo quejas de usted. Es solamente que no lo entiendo muy bien. Pero si hay algo que puedo hacer para...

RADEL: Para ayudarme?

LUCILA: Y cómo podría yo?

RADEL: Recuerda: ustedes son la luz que yo necesito para guiar mis acciones. Sin ustedes, estoy perdido...

Ha entrado Mariana, con ropa de casa. Se detiene sorprendida al ver la escena.

MARIANA: Bueno, qué es esto? ... Te le declaras ahora a Lucila?

Lucila se pone en pie. Radel parece no haber notado la nueva situación.

LUCILA: El señor me decía...

MARIANA: No tiene importancia, Lucila. Sólo bromeaba.

LUCILA: Con el permiso de ustedes me retiro.

Lo hace.

RADEL: Y eso fue todo...

Se levanta.

MARIANA: Algún problema?

RADEL: No. Supongo que todo es normal, o por lo menos, acostumbrado.

Vuelve a sus papeles.

MARIANA: En serio..., Sucede algo?

RADEL: No, nada. Simplemente trataba de establecer comunicación con esta pobre mujer. Sabes lo que le preocupa? ... Que algún día, cuando ya esté inservible, la abandonemos. Pobre mujer.

MARIANA: Te recomiendo que no le pongas mucho caso. La conozco muy bien; desde que era niña he estado soportando sus remilgos. No es más que una hipócrita.

RADEL: Tal vez seas un poco dura con ella.

MARIANA: Sé lo que te digo. La gente como ella es más bien una enemiga. Si pudiera vivir sola...

Lucila entra de nuevo.

Qué quieres?

LUCILA: Con permiso. El señor Secretario del Señor Presidente ha llegado y desea hablar con él.

MARIANA: Vaya. Temprano comienza la sesión hoy... Es raro: cómo habrá llegado Antonio? ... No escuché ningún caballo... Quería decirte algo; pero ya será esta noche cuando regreses.

RADEL: No, ahora; dime.

MARIANA: Te agradezco que me des el primer turno en tus entrevistas; pero así no me interesa.

RADEL: Te has ofendido?

MARIANA: Imposible.

RADEL: No es mi culpa que Antonio haya venido tan temprano. Algún problema habrá que necesita ser resuelto urgentemente... Si quieres le digo que no vuelva más en las mañanas. Que espere a que yo llegue al Palacio para tratarme lo que sea.

MARIANA: No. No te preocupes. Es tu trabajo y tienes que atenderlo.

RADEL: Qué querías?

MARIANA: Le estás dando demasiada importancia. Nada, te digo. Simplemente quería hablar contigo.. de tonterías. Hablar... Viniste tan cansado anoche que te dormiste de inmediato. Vienes siempre tan cansado...

RADEL: Hay mucho que hacer...

MARIANA: Pero si no me quejo. No te preocupes. Comprendo. Qué importancia puede tener el vestido nuevo que me quiero comprar o el descubrimiento de una cana en mi pelo o el decirte

que el naranjo que sembramos juntos al fin ha dado azahares y que... No hay ironía. Lo sé: sólo son tonterías.

RADEL: Lo siento. Lucila, dígame que pase.

MARIANA: Oh, no. Nunca permitas que esto te amargue. Me retiro...

Sale. Lucila, que había salido, ahora le da entrada a Antonio y se va.

ANTONIO: Buenos días, Señor Presidente.

RADEL: Algún problema serio?

ANTONIO: Oh, no. Nada inusual. Simplemente quería advertirle sobre algo que puede que suceda hoy.

RADEL: Quiere un café?

ANTONIO: No, gracias. He tomado uno hace un rato. No me gusta abusar, por las agruras.

RADEL: Siéntese. Póngase cómodo.

ANTONIO: Gracias.

Se sienta.

RADEL: Cómo llegó? ... No escuchamos ningún galope.

ANTONIO: Vine caminando. Desde la entrada de la finca, se entiende. Se le cayó una herradura al caballo y lo dejé donde el peón que vive cerca del portal. El viejo. Me dijo que podrá arreglarla. Fue allí donde tomé el café. Delicioso. Esta gente del campo le pone algo especial.

RADEL: Y bien? ...

ANTONIO: Señor?

RADEL:Cuál es la advertencia?

ANTONIO: Oh, sí, claro. Pues le diré: anoche llegó a la Ciudad una comisión que viene desde la región central. Está formada por cuatro señores. Gente muy conocida. Gente de lo mejor. Gente con dinero. Comprende? ... Pues bien, son del grupo que, naturalmente, se opone a las reformas que usted quiere hacer en aquella región... Vienen a hacerle una proposición que en realidad no es más que un engaño. La urgencia de mi venida se debe a que quería verlo antes de que usted se encontrara con el encargado del protocolo; porque resulta y viene a ser que este señor se entrevistó con el grupo anoche, no bien llegado, y según parece discutieron el plan que pondrán en el tapete no bien entre usted en el Palacio... Se lo había dicho a usted: ese hombre no es de confiar.

NORCO: Radel...

Ha hablado desde fuera; pero tan pronto Antonio escucha su voz se pone de pie, envarado. Norco entra.

Oh... Perdonen. Perdona, Radel... No sabía que estabas acom-

pañado... Saludos, Antonio... Hace mucho tiempo que no nos veíamos, verdad? ... Me retiro. Lo siento.

Sale. Radel, aparentemente no ha reaccionado. Pero si se observa bien, hay cierta rigidez en su cuello.

RADEL: Ya lo sabe... Bueno, él...

ANTONIO. Por favor, su excelencia. No es necesario que me dé ninguna explicación si no lo desea.
Oscuro y relámpago.

SEPTIMO CUADRO: Esa noche.

En escena, Mariana y Norco.

MARIANA: Ya no tardará en llegar.

NORCO: Lo presientes?

MARIANA: Supongo... Qué has decidido?

NORCO: Sobre qué?

MARIANA: Lo de esta mañana.

NORCO: Ah, lo de Antonio.

MARIANA: Sí, me preocupa.

NORCO: No hay nada que temer. Es demasiado sabichoso para decir nada. Mi presencia aquí será su gran secreto para cuando las cosas se pongan insoportable con tu esposo. Lo cual, me parece, no tardará en suceder.

MARIANA: Y si él pensara que gana algo delatándote?

NORCO: No ganaría nada, y él lo sabe. Guardando silencio tiene la gratitud de Radel, y además la mía, para cuando sea necesaria... Eso, aparte de que ganaría mucha importancia ante los demás cuando las cosas clamen por mi presencia, y entonces él diga: "Yo sé dónde está. Puedo traerlo", y etcétera... Lo que me preocupa en realidad es el Señor Presidente.

MARIANA: Te ha vuelto a pedir que te marches?

NORCO: Directamente, no; pero las alusiones son constantes. Apenas esta mañana me dijo que ya no encontraba maneras de evadir las visitas a esta casa. "La gente sospecha que hay algo raro por aquí", me dijo. Y tiene razón al temer: no es posible evitar la curiosidad de la gente, sobre todo si se disfruta de una posición tan destacada. Anoche, cuando llegó fue a mi habitación y me contó que los agentes de seguridad estaban preocupados por su negativa a colocar protección en esta finca. "Siempre me he defendido solo", ha reclamado; pero sugiere que por más verdad que esto sea se verá obligado a ceder el día menos pensado.

MARIANA: Qué piensas hacer?

NORCO: Naturalmente, tendré que salir de aquí.

MARIANA: Hacia adónde?

NORCO: No tengo para escoger. Si las cosas no cambian con rapidez, el único camino que tengo abierto es el extranjero.

MARIANA: Te has referido varias veces a... a un cambio. Estás esperando algo?

Norco: Si fuera verdad, podría decírtelo a ti?

MARIANA: Por qué no?

NORCO: De estar en algún tipo de maquinación guardaría silencio.

MARIANA: Y con quién conspirarías?

NORCO: Guardaría silencio.

MARIANA: No te ves con nadie. No sales... Es que no me tienes confianza?

NORCO: No.

MARIANA: Haces bien.

NORCO: Se lo contarías a él, verdad?

MARIANA: Naturalmente. Es mi esposo. Mi deber es protegerlo o al menos tratar de hacerlo.

NORCO: Y se te ha ocurrido pensar cuál es mi deber?

MARIANA: Supongo que intentar volver al gobierno... Es eso?

NORCO: Aún guardaría silencio.

MARIANA: No te sientes ligado por el agradecimiento?

NORCO: A Radel?

MARIANA: Supongo.

NORCO: Te contesto con otra pregunta: tienes una idea de por qué él me ha acogido en esta casa?

MARIANA: Me lo he preguntado muchas veces; pero no podría asegurar nada.

NORCO: Parece ser entonces que lo conozco mejor que tú.

MARIANA: Es que en tu caso no hay ofuscación sentimental.

NORCO: Podría haberla... Naturalmente en un sentido diferente a la tuya. Pero ese no es el asunto. Sabes por qué me soportas? ... Por orgullo. Si me diera con las puertas en las narices estaría actuando en la forma en que él piensa que yo lo haría.

MARIANA: Y tendría razón?

NORCO: Por supuesto. Mi tipo de orgullo es diferente al suyo: Me mortifica; pero no me ciega. Yo nunca hubiera corrido el riesgo que él se juega.

MARIANA: Y lo dices?

NORCO: Me creerías si te dijera lo contrario?

MARIANA: No.

NORCO: Entonces?

MARIANA: Por qué me dices estas cosas?

NORCO: Porque tú has preguntado, y porque el que lo sepas nada puede cambiar en mi situación. Aún se lo contarás, cosa que no creo que harás, el proceso que está tomando cuerpo dentro de él no se alteraría.

MARIANA: Qué proceso?

NORCO: Ha sugerido varias veces que me debo marchar; una vez me pidió que lo hiciera; pronto lo exigirá. Y dentro de un tiempo no muy largo me pondrá plazos... Si yo fuera lo bastante estúpido para no darme cuenta del peligro, acabaría dándome un puntapié por las nalgas o tal vez entregándome. O lo que es más peligroso: pegándome un tiro él mismo.

MARIANA: Lo crees?

NORCO: Su orgullo de hombre incorrupto lo obliga a doblegar sus instintos ante la imagen que tiene de sí mismo. Piensa: "Soy un hombre de principios y debo actuar de acuerdo a ello". Pero la realidad lo va poniendo frente al hecho de que no es posible gobernar con dulzuras. Los demás le atacan con hierro y no es lógico responderles a mano limpia. Entonces, sin que se dé cuenta, su orgullo de humano digno va dando paso a su vanidad de gobernante. Antes: "Tengo que demostrar que soy un hombre bueno". Después: "Ya verán que soy un mejor jefe"... Y sabes lo que hace un buen presidente? ... Cuidar su poder; porque para hacerse lo que se quiere es necesario tener las riendas, y si no te defiendes con uñas y dientes, te las arrancarán de las manos.

MARIANA: Y si yo le dijera...

NORCO: Qué y para qué? ... Le será imposible entenderlo. Sólo después que ha pasado todo puede uno ver las cosas claras.

MARIANA: Hay algo que él entenderá: tú constituyes un peligro para su seguridad.

NORCO: Siempre lo he sido y él lo sabe... Todo esto es como un juego: conocemos cada uno de los posibles movimientos del otro; pero ganará el que los ejecute con mayor rapidez y destreza... Por eso tengo que cuidarme y adelantarme a la posible próxima jugada suya. Tengo que solucionar mi situación antes de que Radel se convierta en el presidente Mainardi Lora.

MARIANA: Crees que volverás al gobierno?

NORCO: Lo que te aseguro es que él no lo tendrá para siempre.

MARIANA: Ni así lo desea.

NORCO: Lo crees?... Pronto se dará cuenta de que "siempre" es poco tiempo para realizar una mínima parte de lo que se ha soñado.

MARIANA: Es por eso que quieres volver?

NORCO: Buena pregunta.

MARIANA: No te sería más fácil salir del país y olvidarte de él? Vivir tranquilo con todo tu dinero?

NORCO: No te hubiera sido más fácil a ti entregarte a mí y sentir mi deseo pegado al tuyo, sin ideales de por medio?

MARIANA: Te prohíbo que me hables así.

NORCO: Y a mí me importa que lo hagas, querida. Los silencios entre nosotros sólo pueden ser momentáneos. Acaban explotando estruendosamente. Yo lo sé: tú me deseas. No porque yo sea buen tipo, sexual o atractivo, sino porque no me has podido tener. Porque, seas consciente o no, yo he sido y soy un reto para ti.

MARIANA: A qué viene esa estupidez, Norco?

NORCO: El nombre que le pongas no tiene importancia. Por más distintos que seamos tú y yo, los dos somos humanos, y los humanos todos nos parecemos en las cosas vitales... Créeme, yo, el Ex-presidente Norco Jiménez Santos, quien ha tenido su mente ocupada en la política; quien cuando el sexo lo ha llamado ha encontrado cualquier tipo de mujer que deseara... Yo... Te he estado esperando a ti.

MARIANA: No seas ridículo.

NORCO: Evita malinterpretarme. Eso no tiene nada que ver con que seas o no el gran amor de mi vida. Eres, simplemente, lo que no he podido alcanzar.

MARIANA: Si hubieras querido poseerme realmente, habrías venido cuando estaba sola e indefensa.

NORCO: Me lo echas en cara?

MARIANA.— No. Yo...

NORCO: No tiene importancia... Sí. Pude hacerlo y lo pensé y hasta me puse en camino en alguna ocasión; pero no era tanto eso lo que me interesaba. No, no eran unos senos redondos y unas piernas cálidas lo que me atraía. De eso hay millones en todas partes. Lo que siempre me ha atormentado es tu negativa. Mi orgullo, sabes?... Es mi orgullo funcionando.

MARIANA: O sea, que si Lucila se hubiere negado a una proposición tuya, la habrías deseado con la misma fuerza?

Norco ríe.

No resulta muy alagador.

NORCO: Tranquilízate: Lucila no me gusta... Tú sí.

MARIANA: No es lógico nada de esto.

NORCO: La vida no es precisamente lógica muchas veces, y por eso tal vez sea difícil explicar por qué quiero volver a la Presidencia... No lo sé. Supongo que responde al mismo mecanismo que me hace amarte. Son esas cosas que resultan grandes y atractivas y poderosas porque no puedes reducirlas a esquemas; porque no puedes poseerlas realmente... No es estar sentado en una silla o dar órdenes o vivir en una incertidumbre, como tampoco es besarte y acariciarte e introducir mi sexo en el tuyo. Es algo más... Te amo, Mariana.

Hay un largo silencio.

No tienes nada que decir? ... En realidad no es necesario que hables. No creo ser pretencioso si me siento seguro de que tú me amas también... aunque sólo sea porque nunca pudiste reducirme a tus caprichos.

MARIANA: Caprichos?

NORCO: "O yo o la política", recuerdas?

MARIANA: No quería vivir en un segundo lugar.

NORCO: Has vivido postergada y ni siquiera por el hombre que amaste.

MARIANA: Yo amo a Radel.

NORCO: Claro... Amamos hasta a una silla que ha estado mucho tiempo con nosotros... Eran caprichos, querida. Nuestras vidas se han mantenido separadas por un capricho... Y tal vez fue lo mejor: es hermoso este desear sin satisfacción... Es como si al menos algo pudiera permanecer inviolable.

Otro largo silencio.

MARIANA: Yo también te amo, Norco.

NORCO: Gracias... Por más certeza que se tenga es mejor oírlo que imaginarlo.

Se escucha un coche acercándose.

Pero... ahí está Radel, de nuevo interrumpiendo... Espero que no sea el Señor Presidente quien llega.

Oscuro.

OCTAVO CUADRO: Mañana de domingo.

Hay una gran luminosidad, reflejo de un día espléndido. Se escucha una pobre campana de pueblo perdida en la distancia. Más cercana la risa de Mariana. Luego entrarán ella y Radel. Ambos

visten en una forma muy juvenil: ella con un vaporoso vestido blanco y amarillo, pamea y sombrilla combinadas. El, de pantalón blanco y saco negro, con sombrero canotie.

MARIANA: Hacía tiempo que no me divertía tanto. Observaste las caras de espanto que pusieron. Casi se desmayan. Recozco que fue una extravagancia presentarnos sin avisar y sin escolta; pero no era para tanto. Cuando entramos en la plaza todo se inmovilizó... Parece que sus únicos seres vivos éramos nosotros. Y luego todas aquellas genuflexiones y reverencias... No están acostumbrados a saludar a gente importante. Parecía que iban a partirse o a caerse... Hasta el sacerdote parecía al borde de un colapso; tartamudeaba... Fue realmente muy divertido.

RADEL: Para mí no.

MARIANA: Has perdido el sentido del humor. No se pueden tomar las cosas tan en serio.

RADEL: No puedo hacerlo de otra forma... Sabes lo que quería la señora que se me tiró en los brazos?

MARIANA: La que hedía a tabaco?

RADEL: Sí. La que hedía a tabaco... Me habló de un hijo que cayó prisionero hace meses, y que no ha vuelto a ver. Me pedía que lo encontrara. La pobre... Probablemente ya no esté con vida.

MARIANA: Por qué lo dices?

RADEL: Fue de la gente que protestó en apoyo a mi alzamiento. Según me contó lo sacaron una noche a empujones y culatazos como si hubiera sido un ladrón... De seguro no llegó vivo a la cárcel. Los que caían en sus manos eran asesinados y allí donde morían los abandonaban para que se pudrieran al sol o se los comieran los perros... Le pedí que fuera mañana a la oficina, que le prometía hacer lo que estuviera en mis manos... Y sé que no podré hacer nada... Me dijo: "Usted es un hombre bueno. Yo sé que me devolverá a ese pobre muchacho que tanto lo admira, que está dispuesto a dar la vida mil veces por usted"... No. Para mí no fue nada divertido.

MARIANA: Lo siento... Pero recuerda que si fuimos fue porque tú insististe.

RADEL: Sí, me equivoqué. Pensaba que con esta gente tan alejada de los asuntos del gobierno podría comunicarme como lo hice antes. Pero que va: repuestos del espanto por mi presencia inesperada, hicieron de este domingo un vulgar día de trabajo, con su fila de gente pidiendo tonterías: un empleo, una casa, una

venganza, lo que sea. Me sentí desolado, fui al interior de la iglesia y me arrodillé, fingí rezar para que nadie me molestara, y una angustia me fue creciendo y creciendo por dentro, y quise levantarme y dando gritos pedirle a Dios que acabara de una vez con nosotros, con el país entero...

MARIANA: Me parece que exageras.

RADEL: Sí, es posible... Qué mañana tan brillante! ... Creo que he perdido la costumbre de vivir de día. No nos vemos el Sol y yo muy frecuentemente. Salgo antes que él; llegó después que se ha acostado, y en el ínterin la penumbra del Palacio. Lo más que alcanzo a ver es un resplandor lejano y rojizo en el mar cuando llego a la Ciudad... Y quisiera quedarme fuera como se queda el vendedor de legumbres o la que va a hacer las compras en la bodega o el borracho que quisiera que la noche se prolongara para continuar con su juerga... Pero el deber me llama y yo no tengo derecho a disfrutar de la vida; al menos en la forma que lo he entendido siempre... Me estoy convirtiendo en un ratón o en una lechuza o en un gusano; todo menos en un hombre... Mariana, te molesta si cierro la puerta.

Sin esperar respuesta la cierra por completo y se sienta angustiado.

Es terrible... Qué ha sucedido? ... Dónde se ha ocultado mi amor al pueblo? ... Recuerdas? ... Tú misma me hablaste hace ya mucho tiempo de él... Y yo lo amaba... Con todas mis fuerzas, lo amaba... Ahora no siento nada por él que no sea desprecio. Son como cuervos hediondos que han aprendido a pedir. Pedir, pedir y nada más. En ningún momento nadie se detiene a pensar en lo bueno que sería dar. Dar cualquier cosa, aunque fuera un pedazo de pan... Estoy cansado, Mariana. Estoy harto. No veo el momento en que se acabe esto. Te lo juro: quisiera que alguno tuviera la fuerza suficiente para darme un golpe de estado, o simplemente que me dispararan aquí mismo, en el centro del pecho... O que yo mismo tuviera el valor de hacerlo.

MANANA: Por lo que más quieras, no digas eso.

RADEL: Pienso así; por qué callarlo?

MARIANA: Los principios siempre son difíciles. No hay que descorazonarse. Y además, si fracasaras nadie te podría culpar.

RADEL: Fracasas, no... Nunca.

MARIANA: No lo hagas un asunto personal. Es igualmente trabajoso para todos. Me ha contado Norco de lo difícil que resultaba aún para él, gobernar este pueblo de salvajes.

RADEL: No me hables de ese hombre, por lo que más quie-

ras... Debí entregarlo a la justicia aunque lo mataran en el camino. No hubiera sido culpa mía: es él quien se ha comprado su destino con sus atrocidades y sus crímenes.

MARIANA: No hables así.

RADEL: Todos los admiran. Los que me sonreían al principio han vuelto a mirar hacia él. Piensan que si es cierto que en su era reinaba el terror, por lo menos se sacaba en ella buen provecho económico. Hasta lo excusan diciendo que él sólo molestaba a los que lo molestaban a él... No sirven. Nadie sirve.

MARIANA: Siempre se ha dicho que educar a un niño es trabajoso. Es posible imaginarse entonces cuán difícil resulta tratar de educar a adultos retorcidos de antiguo, a todo un pueblo desviado y sin visión... Después de todo sólo son otras masas de gobierno.

RADEL: Todos mis esfuerzos se estrellan contra rumores, chismes, maledicencias, conspiraciones, traiciones... Los que fueron mis compañeros se han montado en el carro de la corrupción y ya no entienden razones. Me han preguntado en mi cara, abiertamente, como la cosa más natural del mundo, que por qué deberían ser ellos más tontos que los demás... Reclaman que han sacrificado los mejores años de su juventud en aras de una lucha inútil y que ahora deben cobrarse, desde el poder, todo aquello que arruinó sus vidas... Estoy solo, Mariana... No tengo a nadie en quién confiar.

MARIANA: Siempre queda la vieja solución: te vas un día sin decirle nada a nadie y te pasas no sé cuantos años fuera del país.

RADEL: Huir? ... Por qué? ... Me calumniarían. Dirían que yo he robado y asesinado.

MARIANA: Es cierto: a Norco le atribuyen una serie de cosas que él, por más mal que se quiera pensar, nunca tuvo ni siquiera tiempo para realizarlas.

RADEL: Sólo te tengo a ti para ejercer mi confianza, Mariana. Al fin me he dado cuenta de que tú eres mi único tesoro. Es una lástima que te haya desperdiciado tanto tiempo. Si lo hubiera comprendido desde el principio habríamos sido felices siempre. Sin problemas. Firmemente unidos.

Desde el comienzo de esta fría declaración, Mariana se ha vuelto hacia Radel y lo mira extrañada.

MARIANA: Lo dices, Radel; pero no hay alma en tus palabras. Bromeas?

RADEL: En mis largos insomnios la nota más negra de mis sufrimientos es el temor de perderte... también. Se ha ido el pueblo. Se han ido mis compañeros... Sólo tú quedas... Puedo confiar en ti, verdad?

MARIANA: No me gusta como hablas... Claro que puedes confiar...

RADEL: Algún día viajaremos los dos juntos como tú quieres. Abordaremos un barco y le daremos la vuelta al mundo tú y yo solos, sin conspiraciones ni gobierno de por medio. Somos jóvenes aún. Tenemos una vida por delante. Una vida llena de promesas. Podremos disfrutarla si tenemos la conciencia tranquila; si la conservamos limpia... Deberemos irnos bastante lejos para que no nos alcancen los recuerdos... Los recuerdos de este doloroso intento. No. No puedo fracasar, Mariana... No puedo... Con qué rostro miraré a esa señora que espera que yo le devuelva su hijo? Cómo justificaré los cientos de muertos que han caído por obedecer mis órdenes? ... Entregaron sus vidas para lograr un ideal que yo he olvidado. Puedes creerlo, querida? ... Ahora no sé por qué he estado luchando... Qué me está sucediendo?

MARIANA: Radel, estás llorando...

Radel levanta las dos manos para tocar sus lágrimas, ya al comprobarlo estalla en sollozos.
Oscuro.

NOVENO CUADRO: Una tarde, semana después.

Antes de encenderse las luces se escuchan las voces de Antonio y Lucila.

ANTONIO: Permítame entrar, doña Lucila.

LUCILA: El Señor Presidente salió esta mañana para la Ciudad, como acostumbra.

ANTONIO: Lo sé, Lucila, no he venido a verlo a él.

LUCILA: Doña Mariana tampoco está. Fue de compras a la bodega del pueblo.

ANTONIO: Eso me lo dijo el viejo caballero de la entrada, que se ha hecho muy amigo mío. Pero no te preocupes, no he venido a ver a ninguno de los dos.

Las luces han llegado poco a poco. Afuera está nublado. Norco, quien estaba sentado, se pone de pie lentamente.

Por favor, doña, dígame a su excelencia don Norco Jiménez Santos que un viejo amigo le desea ver.

LUCILA: Debe estar usted equivocado.

ANTONIO: No, no lo estoy. Por favor, Lucila, lo sé todo.

LUCILA: Pero...

NORCO: Lucila, está bien. Dígame que pase.

Norco, por quien pasó una fugaz euforia, se despatarra en el sillón antes de que entre Antonio.

ANTONIO: Buenas tardes, su excelencia. Luce usted muy bien: sano, fuerte. Parece que esta temporada de descanso le ha venido bien...

NORCO: Ya sé que tú sabes que me agrada recibir halagos sobre mi buena salud; pero eso es cuando estoy cansado, agobiado, desesperanzado. Ahora no me produce el mismo efecto. Puedes economizarte lo que sigue.

ANTONIO: Es una gran satisfacción comprobar que hay en usted la misma actitud directa hacia las cosas. En un mundo de temores sigzagueantes, los asuntos importantes tardan mucho en cuajarse. Pero, escuchándolo a usted me convengo ya de que lo nuestro será un asunto de pocos minutos.

NORCO: Qué me vienes a decir?

ANTONIO: Lo primero, que no vengo por mí solamente. Soy el representante de muchas preocupaciones y temores.

NORCO: Cuán muchas?

ANTONIO: Mayoritarias en cuanto se refiere a los círculos oficiales, y en cuanto a los ciudadanos comunes, es de suponer que lo mismo. Pero, corresponde, creo, que haga un poco de historia para que se entienda la razón de mi embajada. Historia muy reciente por supuesto. Buena frase para comenzar sería: "Se acabó la luna de miel". En efecto, lo que la expectativa convirtió en acatamiento de la voluntad de un nuevo presidente, la realidad lo ha tornado en rebeldía, si por momentos callada a veces explosiva. Y es que, sin que nos diéramos cuenta, nos había acostumbrados a la manera rápida que usted tenía de resolver las cosas. Naturalmente, a muchos les desalentaba un poco el no poder participar en las decisiones; pero para todos es una realidad que los asuntos se realizaban rápidamente, gracias a lo que fue llamado por sus enemigos como personalismo. Pues bien, aún entre esos que lo acusaban de centralizar fuertemente el poder se ha producido el conocimiento de que, por supuesto, es mejor cierta concentración autoritaria; pero activa, que la inercia producida por el enfrentamiento pseudo democrático de opiniones muy encontradas.

NORCO: Antonio, no estás tratando de justificarme mi forma de gobierno. Si llegué a ella fue porque me convencí de que es el único sistema que conviene; el único posible.

ANTONIO: Trataba de hacerle una introducción histórica...

NORCO: También la historia es asunto de hechos; procura contármelos escuetamente.

ANTONIO: No es nada fácil; pero lo intento... Llegado ha el descontento a su máximo punto, y ya no soportamos la forma de gobierno del señor Mainardi.

NORCO: Mejor... Ese es mejor principio para un entendimiento.

ANTONIO: Envalentonado por los aires de democracia que pretendía imponer este señor en sus primeros días presidenciales, el Ministerio levantó protestas por un planeamiento que no terminaba; un preludio demasiado largo para la acción... Y parece ser que al sujeto no le ha gustado o que ve en las urgencias de los trabajadores del gobierno no sé que espurios intereses... y desde los insultos histéricos hasta la cárcel infamante, ha probado todos los recursos existentes para atemorizar a los que funcionaban lealmente como sus colaboradores.

NORCO: Bien... No esperaba que recurriera a mi estilo de gobierno con unos meses de trabajo.

ANTONIO: No es lo mismo. Con usted sabíamos a qué atañernos. Actuaba de una manera científica, digamos.

NORCO: Bueno... Ese sí es un nuevo término para calificar una dictadura.

ANTONIO: Si vivimos en una dictadura, hay leyes al respecto; pero cuando se nos habla de libertades y a la vez se nos presiona...

NORCO: Por supuesto que no es eso. La diferencia está en que yo trataba bien a mi grupo de colaboradores, y él, pobre tonto, comete el error de descargar su poder sobre ellos. Conmigo se sienten seguros y obtienen beneficios; él les produce inseguridad y resentimiento... Por eso me prefieren. Por eso me buscan... Vienes a proponerme la Presidencia de la República, verdad?

ANTONIO: Sí, su excelencia.

NORCO: Hay verdaderas posibilidades?

ANTONIO: Hemos estado trabajando en ello.

NORCO: Y?

ANTONIO: Sí.

NORCO: Con quién contamos?

ANTONIO: Su vieja guardia está en pie.

NORCO: Tomaremos medidas para asegurar un triunfo limpio. Pero antes es necesario que se garantice el cumplimiento de algunas condiciones.

ANTONIO: Diga usted.

NORCO: Por lo pronto, necesito una lista ampliamente depurada de mis reales colaboradores; otra de los que podrían ganarse

para mi causa; otra de los simples descontentos; y una final de los fieles a Radel; mis adversarios... Por supuesto, no las tienen.

ANTONIO: No señor; pero será fácil confeccionarlas: las opiniones están muy claramente polarizadas.

NORCO: Lo recuerdas, Antonio, que no me gustan los errores?

ANTONIO: Lo recuerdo, su excelencia. Espero que usted recuerde mi forma de trabajo.

NORCO: La eficiencia debe ser comprobada cada mañana al inicio de las labores y en la noche, cuando sacamos cuentas... Pero sigamos... sigamos con las condiciones...

Oscuro.

CUADRO DECIMO: Una noche, semanas después.

Al encenderse la luz, Radel está sentado, lejos en sus pensamientos. Viste como el día de la Juramentación. Entra Lucila con una lámpara encendida. La coloca sobre el gabinete-escritorio.

LUCILA: Con perdón, señor. Le parece bien así?

RADEL: No, enciende más luces... todas las luces...

LUCILA: Así lo haré, señor.

RADEL: Cuando todo esté listo quiero que salgas de la casa. No regreces hasta mañana.

LUCILA: Sucede algo, señor?

RADEL: Por favor, no quiero preguntas.

Entra Mariana, sujetándose la espalda abierta del vestido.

MARIANA: Querido, me ayudas a abotonarme el vestido?

RADEL: Con placer, querida.

Radel lo hará. Lucila comenzará a encender lámparas en la habitación.

MARIANA: Por qué no quieres decirme quién viene?

RADEL: Porque las sorpresas que se dicen dejan de serlo. No te preocupes: será, como tú dices, muy divertido.

MARIANA: Hace demasiado tiempo que no venían invitados a esta casa. La verdad es que le hace falta un poco de vida.

RADEL: Sí. Un poco de movimiento... diría yo. Lo tendrá.

MARIANA: Ya está?

RADEL: Sí.

MARIANA: Gracias.

RADEL: Me fascina como huele el perfume en ti.
La besa en el cuello.

MARIANA: Hay moros en la costa.

RADEL: Lucila sabe que nos amamos... Lo sabes, verdad?

MARIANA: Vuelvo ahora.

RADEL: No, espera. Quiero que compartas una copa conmigo.

MARIANA: Sabes que no me gusta beber. Me mareo.

RADEL: Es una forma de evadir la realidad... y la vida puede hacerse menos dura.

Radel le servirá Anís a su esposa y se servirá otra copa de coñac.

MARIANA: Qué te traes entre manos? ... Hacía tiempo que no te veía tan disipado.

RADEL: Estoy alegre... y eso indica cosas buenas.

MARIANA: No habrás bebido un poco más de la cuenta?

RADEL: No.

MARIANA: Me he roto la cabeza pensando quién podría venir. Deberá ser alguien bien importante si te vistes así.

RADEL: Al menos hoy... no te quejarás de soledad.

MARIANA: Te lo agradezco.

RADEL: No es a mí, precisamente, a quien tienes que agradecerlo.

MARIANA: Cómo así?

RADEL: No más o acabarás sacándomelo todo.

MARIANA: Bien... Me voy. Tengo que acabar con mi toilette.

Radel apura su copa mientras Mariana sale.

RADEL: Así luce mejor, Lucila. Pero, por favor, tráeme una lámpara más; en ese rincón, hay sombras todavía.

LUCILA: Señor.

RADEL: Sí?

LUCILA: Estoy preocupada, señor.

RADEL: Por qué?

LUCILA: Todos estos días estuve buscando el momento y la forma de decirle algo muy importante; pero no me atrevía; no encontraba cómo hacerlo... y guardaba silencio. Ya no puedo más... Creo que callando le estaría haciendo un gran mal... y usted dijo que confiaba en mí.

RADEL: De qué se trata, Lucila?

LUCILA: Tal vez no sea verdad... A veces una cree saber las cosas y no es más que una víctima de las apariencias; pero eso deberá verificarlo usted. Yo cumplo notificándolo... Señor... Hay algo que no está claro entre las relaciones del señor Norco...

Guarda silencio y baja la cabeza.

RADEL: Y Mariana... Lo sé. No son apariencias, amiga. Todo se me escapa... También ella. Parece ser que no he sabido hacer nada bien.

LUCILA: No es su culpa, señor. Con su perdón... Es esa mujer. No es nada bueno.

RADEL: Silencio... Quién es bueno? ... Yo?

LUCILA: Usted es distinto.

RADEL: Pude serlo... pero me satisface demasiado pronto con la imagen que tenía de mí mismo... De todas formas, gracias por habérmelo dicho.

LUCILA: Era mi deber.

RADEL: Y cumples con él esta noche... Precisamente esta noche... Por mucho tiempo pensé que tú también estabas de parte de ellos.

LUCILA: Me gustaba él porque era fuerte... pero estaba equivocada. Un hombre que es capaz de engañar a otro hombre de la manera que él lo hace no puede ser bueno... Usted es mejor que él; en usted se puede confiar.

RADEL: Pero no soy fuerte.

LUCILA: Porque está solo, señor.

RADEL: Sí. Lo sé.

LUCILA: La gente que lo rodea no sirve. Si usted se deshace de ellos podrá hacer alguna labor; una gran labor en realidad.

Radel abraza sorpresivamente a la vieja señora.

RADEL: Gracias... gracias... gracias...

Se separa de ella y recobra un poco la calma.

Es triste para mí que esto llegue tan tarde; pero sólo es triste para mí... Existe: sigue siendo verdad para los otros. No se pueden perder las esperanzas... Sólo habría que desligarse de las pasiones y servir. Servir como un instrumento... Servir... Y alguien lo hará... Tendrás un premio por esto, Lucila... Ya lo tienes... Espera... Espera hasta mañana.

Radel vuelve a sentarse. Lucila lo mira sorprendida.

LUCILA: No hará usted nada?

RADEL: Nada?

LUCILA: Su esposa.

RADEL: Merecería un castigo. Y Norco también. Y yo. Pero no quiero que sea visto así. Quiero que sea considerado como un acto de justicia o como una consecuencia... Simplemente recogemos lo que hemos sembrado.

Entra Norco, vestido de militar, como en el primer cuadro. Lucila saldrá.

NORCO: Buenas noches... Has venido temprano.

RADEL: Sí, a media tarde.

NORCO: Escuché un caballo; pero nunca pensé...

RADEL: Por supuesto que nunca pensaste que podía ser yo. Algo falló, verdad? ... Tuve que venir temprano para hacer algunos arreglos de última hora.

NORCO: Como no acostumbras...

RADEL: A regresar hasta entrada la noche... Tienes razón... Pero hoy es un día muy especial, y tú lo sabes. Además, hace ya una semana les había prometido esta celebración... y yo siempre cumplo mis promesas. Siempre que Dios quiera.

NORCO: La verdad que no entiendo.

RADEL: Ya entenderás.

Norco se sienta. Ambos se miran de reojo.

Te brindo una copa?

NORCO: Gracias, la necesito.

RADEL: Como siempre, coñac.

NORCO: Como siempre.

RADEL: Al menos en eso tenemos gustos iguales.

Radel servirá dos copas. Una para él.

NORCO: En eso y en otras cosas.

RADEL: De las otras mejor no hablar. Esta será una noche de gran importancia política. Mantengamos, al menos una vez, los asuntos personales fuera.

NORCO: Me dirás ya de una vez qué significa todo esto?

RADEL: Ya pronto. Cuando los tres estemos reunidos.

NORCO: Gracias.

RADEL: Es un placer.

NORCO: Qué noticias trajiste de la Ciudad?

Radel ríe.

Qué pasa? ... algo nuevo?

RADEL: Todos los días hay algo nuevo.

NORCO: Pero, nada de importancia?

RADEL: Qué? ... Quieres alguna noticia en especial? ... Sí. Las hay. Relacionadas precisamente con lo mismo que tú pretendías no esperar... Pero me parece que al final no vas a estar muy complacido.

NORCO: No te entiendo.

RADEL: Te creo... Eres un magnífico planeador; pero al mejor cazador se le va una... vaca.

Entra Mariana. Ahora está completamente arreglada con gargantilla de brillantes y todo lo necesario.

Deslumbras, querida... Adelante... Supongo que conoces a este señor; General Norco Jiménez Santos, antiguo Presidente de la República, que aspira a serlo de nuevo. Me presento yo? ... General Radel Mainardi Lora. Todavía actual Presidente, que hubiera deseado no serlo nunca. No te vas a presentar tú? ... Podría hacerlo yo; pero no sé realmente quién eres. Me dices siempre que hubieras querido ser un ama de casa... pero no sé, quizás hubieras estado mejor con una profesión más pública... Siéntate. Te tomaste tu anís? ... Seguro que no. Te serviré otro.

Relámpagos.

MARIANA: Qué es todo esto, Radel?

RADEL: Cuántas veces tendré que decirlo? ... Una celebración.

Trueno.

Mariana se sienta y Radel le dará una copa.

Ah, ya sé: tal vez te has confundido un poco con mi ironía. Perdona. Fue un momentáneo e impensado derrame de bilis. Lo siento. Se nos hace tan difícil ser objetivos.

NORCO: Hablarás?

RADEL: Eso estoy haciendo. Pero es tanto lo que hay que decir.

MARIANA: Vendrá gente o no?

RADEL: Vendrá. Pero somos nosotros, no ellos lo que más interesa... Toma... Me siento alegre. Por muchas razones me siento alegre. Para mí la noche de hoy es como el campanazo que anuncia el recreo en las escuelas. Lo único que me entristece es que ustedes no parecen compartir mi felicidad... Había estado agobiado estos últimos meses pero de repente, desde hace una semana, las cosas se han aclarado alrededor mio. Hasta he vuelto a ser optimista como en los viejos tiempos.

Lucila entra con la lámpara.

Todavía aquí, Lucila?

LUCILA: La luz que me pidió, señor.

RADEL: Claro... Ponla donde te dije, por favor.

Lucila hace lo que le han pedido. Todos permanecen en silencio, mirándola hacer.

Y cuando acabes, recuérdalo, márchate...

MARIANA: Cómo? Quién atenderá cuando vengan los invitados. Quién servirá la comida que hice preparar y las bebidas?

RADEL: No te preocupes: ellos se atenderán a sí mismos.

MARIANA: Cómo va a ser? Tú no sabes de estas cosas. No

podemos quedarnos solos... Lucila, siento trastornar los planes que de seguro ya hiciste; pero debes permanecer en la casa.

RADEL: Lucila se irá. Qué sabes tú de lo que esperamos?

MARIANA: Tú me dijiste...

RADEL: Sé lo que dije. Adios, Lucila... y que todo te vaya bien.

LUCILA: Gracias, Radel... Algo más?

RADEL: No. Gracias a usted, señora.
Lucila sale.

Perdón si he subido el tono; no era mi intención... Sobre Lucila quería decirte algo, querida: ya que no tenemos hijos ni familiares cercanos, he decidido hacerla a ella nuestra heredera.

MARIANA: Qué dices?

RADEL: Nuestra finca será de ella cuando nosotros no estemos. Se lo merece. Después de todo, ha sido la verdadera administradora durante años.

MARIANA: Te estás volviendo loco?

RADEL: Qué querías hacer con todo este territorio? Llévatelo a la tumba? ... Sólo necesitarás unos cuantos pies de tierra, si es que se ocupan de enterrarte... Tranquilízate: ella le sacará provecho.

MARIANA: No puedes hacerlo.

RADEL: Esta tarde fui adonde el notario público que he contratado como mi albacea y lo dejé todo arreglado. No creo que tengamos posibilidades de cambiarlo antes de que los invitados de Norco hagan su entrada.

NORCO: Mis invitados?

RADEL: Estoy seguro: vendrán esta noche.
Silencio largo y tenso.

NORCO: Ha sucedido?

RADEL: Vamos, Norco, nos estaremos mintiendo hasta el final?

MARIANA: Qué pasa?

RADEL: Pregúntaselo a él... si es que no te lo ha dicho. Me resisto a creer que entre tantas conversaciones se olvidó de hablarte de un asunto tan importante.

MARIANA: Qué es, Norco?

Le tomará un tiempo; pero hablará decididamente.

NORCO: Hoy es el día señalado para mi vuelta al poder.

RADEL: Lo ha descontrolado un poco mi vuelta temprano y mi calma y mi alegría; pero es hoy. Bien lo sabes. No te divierte? ... La verdad es que ya él no me esperaba. Una de las condicio-

nes que puso a sus compinches fue, que ellos mismos se encargaran de todo... Se presentarían a mi despacho y sin que mediara ningún tipo de palabra me acribillarían a balazos.

Norco se ha levantado y Radel también. En una tensa coreografía de fieras que se estudian, Radel se ha acercado a su escritorio, y sin mayores violencias saca de él un revólver.

Por desgracia para ellos, no contaron que en todos los movimientos hay traidores. Alguien me vino con el cuento. Lo se todo desde hace precisamente una semana... Aunque lo intenté, ya no podía detener el proceso; pero he alterado notablemente el orden y el fundamento de los planes. He tomado varias medidas que serán descubiertas después de... Después. Han sido días gloriosos. Me he sentido un hombre de nuevo, jugándome mi suerte. Tan pronto me enteré de tu plan quise hacer contacto con los que podían permanecerme fieles; pero los que aún no se habían desilusionado de mí eran pocos y sin darme cuenta se me llegó el día de hoy, y tenía cosas que hacer... A la hora de la siesta las oficinas se quedan dormidas y aproveché el momento. Creo que nadie se dio cuenta. Fui a casa del Notario. Testamenté. Le pedí prestado un caballo. Monté y vine. Les debe haber tomado un buen tiempo caer en la cuenta de mi ausencia. Pero vendrán a cumplir con tus órdenes... Indefectiblemente ya estarán cerca...
Sentémonos.

Como algo muy natural, Radel pretende comprobar si el revolver está cargado. Después de una pausa, los tres se sientan.

MARIANA: Yo no sabía nada... ¿Qué piensas hacer?

RADEL: Qué tú quisieras?

MARIANA: Ya sabes que escapar no me convence. Y además no hay lugar adónde ir. No creo que Norco nos acogiera en su casa

MARIANA: Te matarán.

RADEL: Nos matarán... A los dos. Nunca dejarían vivir una testigo tan importante, y lo que es peor, abusarían de tí. No es así Norco? ... Es culpa de él, no mía... Yo apenas soy un involuntario cómplice... Perdóname por eso, Mariana... Pude esperar allá tranquilamente a mis verdugos; pero al fin recordé que nosotros no somos importantes. Ni siquiera tú. Los miles y miles de personas que conforman el pueblo son los que importan... Comprenderás, espero, que tenía asuntos indeclinables que resolver en esta casa. Cómo dejar el poder en manos de alguien que sólo podría corromperlo más?

MARIANA: Déjame escapar, Radel. No tiene sentido que yo...

RADEL: Aunque sabía que no era probable, me sedujo la idea de que dirías: "Moriremos juntos, amor", o algo parecido... Tonterías, lo reconozco... No llores Mariana... No se gana nada con eso. Somos culpables y debemos pagar.

Mariana lo mira.

Sí... Tú también eres culpable... Me traicionaste... Los sentimientos de nuevo... Me dejaste solo, y ya todo mi pensamiento se nubló; cuando debí pensar en la Patria, lloraba por tí, y así la corrupción me fue carcomiendo a mí también... Tú me has dado el empujón decisivo hacia el fracaso... y yo no puedo fracasar, recuérdalo. No puedo permitir que todos los que han muerto empujados por mi voz guerrera se hayan sacrificado en vano. Ellos lucharon para erradicar la podredumbre del poder... Desaparecidos nosotros, una buena parte se desvanece... Así me gusta, Mariana, sin lágrimas.

NORCO: Radel, yo te prometo...

RADEL: No más palabras, Norco... Recuerdas lo que dijiste el día en que llegaste a pedir refugio? ... Lo más terrible es la humillación, no la muerte... Procuraremos evitarla... Estás de acuerdo, Mariana? ... Unos certeros disparos, y ya está... Cuando vengan encontrarán tres cuerpos inofensivos y ya no podrán hacer nada... No hay que preocuparse; estoy convencido de que vendrán otros con las manos limpias, con las conciencias limpias, con el futuro limpio... y así, limpiamente, sin que sus turbias interioridades tengan que ver con el asunto, le pondrán frente a la corrupción y la vencerán... Ese es mi deseo.

Relámpago, trueno.

Esa es mi esperanza...

Música.

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS